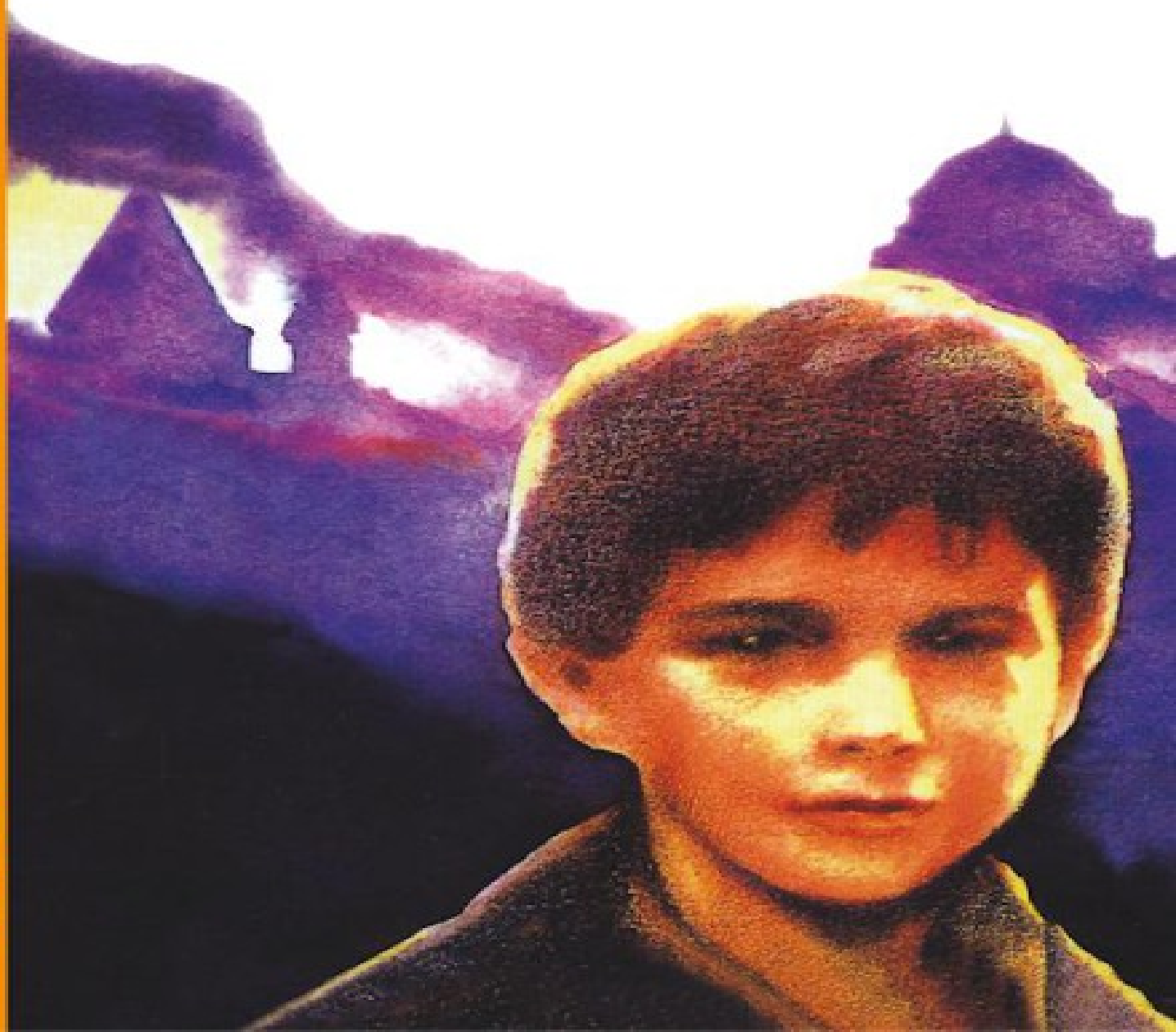


ALFAGUARA INFANTIL

# Asmir no quiere pistolas

Christobel Mattingley

22<sup>a</sup> edición



# **Christobel Mattingley**

## **Asmir no quiere pistolas**

**ASMIR NO QUIERE PISTOLAS**

Título original: *No gun for Asmir*

Christobel Mattingley, 1993

Traducción: María Luisa Balseiro Fernández-Campoamor

Editorial: Ediciones Alfaguara

Colección: Próxima parada Alfaguara. Serie naranja

ISBN: 978-84-2044-903-6

# 1. Sarajevo

Asmir es de Bosnia-Herzegovina. Este nombre parece un trabalenguas para los que no lo conocen. Pero Asmir nació en Sarajevo. Y en su lengua el nombre «Bosnia-Herzegovina» resbala como la salsa cremosa y suave y la carne tierna y sabrosa de la lasaña que hace su abuela.

Asmir recuerda que en invierno la nieve brillaba sobre las montañas que rodean Sarajevo. Y en verano los árboles de las laderas se mecían como olas verdes. Las cúpulas de las mezquitas lucían como luna entre las casas, y los minaretes se recortaban sobre el cielo. Por la mañana, al mediodía y al atardecer, la llamada de los muecines a la oración resonaba en toda la ciudad.

Muris, el padre de Asmir, era abogado en Sarajevo. La madre de Asmir, Mirsada, era ingeniero químico y trabajaba en una fábrica de chocolate. El hermano de Asmir, Eldar, era todavía muy pequeño: sólo tenía un año.

Pero Asmir tenía muchos otros compañeros de juegos. Todos los días se veían en el parque del barrio, y echaban carreras entre los árboles, jugaban al escondite, montaban en los columpios y el subibaja, se perseguían y rodaban por la hierba y se divertían mucho.

Hasta que un día llegó la guerra a Sarajevo. Aparecieron centenares de soldados que disparaban rifles y ametralladoras. Las calles retemblaron al paso de los tanques y sobre la ciudad volaron aviones que lanzaban bombas.

A Asmir el olor a quemado le revolvió el estómago y el humo le escoció en los ojos. Cuando vio que su amigo el cartero estaba tirado en medio de la calle, con todas las cartas saliéndose de la bolsa, su corazón se estremeció. Ya no se podía hacer nada por el cartero.

Asmir recogió las cartas, que tenían manchas de sangre, y fue a la dirección de algunas para entregarlas, pero las casas estaban ardiendo o sólo quedaban en pie las paredes. Corrió a su casa sin soltar los sobres arrugados. Su abuela le lavó las manos y le hizo tortitas para cenar, que era lo que más le gustaba. Pero aquel día no pudo cenar: las tortitas se le atragantaban.

De día y de noche se oía el rodar de tanques y explosiones de cohetes. A mediodía el cielo se llenaba del zumbido de los aviones y los disparos de rifle de los francotiradores. No había electricidad para amplificar la llamada de los muecines. Asmir pensó que los soldados habían bombardeado a Dios.

Después bombardearon la fábrica de chocolate. El olor asfixiante del chocolate llenó los pulmones de Asmir hasta el fondo y le dio asco. El chocolate se quemó, pero su madre volvió a casa. Asmir la abrazó muy fuerte, y esa noche se acostó entre su madre y su padre. Y ya no tuvo malos sueños.

Día tras día, noche tras noche, semana tras semana, siguió la guerra. La abuela se vino a vivir con ellos porque se había quedado sin casa. La carne pasó a ser un lujo, los huevos desaparecieron. Por supuesto, no había chocolate, ni helados, ni refrescos. Luego también se acabó la leche.

En el parque se balanceaban los narcisos y las flores de los cerezos eran una espuma blanca, como la leche que a Muris le gustaba antes echarse en el café. Pero el parque infantil se había convertido en un cráter de bomba y un cementerio. A dos amigos de Asmir los habían matado allí. Otro estaba en el hospital, y para que pudiera volver a andar tendrían que ponerle una pierna artificial.

—Mirsada, en los hospitales no quedan medicinas ni calmantes. Tienes que ponerte a salvo con los niños —le dijo Muris a la madre de Asmir—. Vete, antes de que sea demasiado tarde. Aún dejan salir a mujeres y niños. Pero quizá esta noche sea la última.

Asmir vio que la cara de su madre palidecía y que sus ojos se volvían aún más oscuros. Eran como agujeros negros de vacío. Mirsada apretó las manos de su marido.

—Pero Eldar está con fiebre. ¿No podemos irnos mañana, cuando esté mejor?

—En Serbia aún se está seguro. Vete a Belgrado, a casa de tu hermana Melita —dijo Muris.

Asmir quería mucho a su tía Melita.

Su padre le dijo:

—Mete en la mochila los juguetes que más te gusten, y también de Eldar. Y ayuda a tu madre a elegir la ropa, porque no os la podéis llevar toda.

Asmir metió los ositos, su mejor lego y una bolsa de animalitos de granja, el carrito con caballo y ruedas de Eldar, un barco para el baño, cuentos, los lápices de colores y el cuaderno de dibujo. Su madre llenó una maleta hasta arriba con camisetas, vaqueros y pantalones cortos, pijamas, zapatos y calcetines.

Eldar estaba tan inquieto que Mirsada durmió a su lado aquella noche. Así que Asmir durmió con su padre. Daba gusto acurrucarse contra él.

—¿Por qué tenemos que irnos? —preguntó—. Yo no quiero separarme de ti. ¿No puedes venir con nosotros?

—Qué más quisiera —dijo su padre—. La guerra empeora día a día. Yugoslavia se ha dividido. Serbia quiere quedarse con Bosnia. Por eso su ejército nos ha invadido.

Invadir: era una palabra aplastante. Asmir sintió que se le caía encima, como a su amigo le había caído encima la pared. Su padre siguió diciendo:

—Y las mujeres y los niños son los primeros que deben huir.

Huir: una palabra de dar miedo, de salir corriendo. Casi peor que invadir. Su amigo, aquel al que la metralla le arrancó la pierna, no podía correr. No podía andar. No podía huir.

—¿Por qué hay que huir? ¿De quién hay que huir? —la voz de Asmir era un susurro en la oscuridad.

—Nosotros somos musulmanes, Asmir. Y los otros quieren hacer limpieza.

—Pero aquí estamos limpios —dijo Asmir, pensando en la colada que bailoteaba en la cuerda de tender, en los cazos de cobre reluciente que tanto le gustaba frotar a su abuela, en las baldosas brillantes del suelo, en la ropa bien planchada que él se ponía cada día. Acarició la sábana, blanda y suave. Estaba tan suave como las mejillas de su abuela. Y no podía haber nadie más limpio que su abuela—. ¿Por qué quieren hacer limpieza? Pues vaya una manera de hacer limpieza, estropeándolo todo.

Pensó en los cristales rotos, los montones de escombros, las puertas destrozadas y las vigas colgantes de otras casas de su misma calle, los hermosos árboles del parque reventados, partidos, pelados de sus hojas bailarinas, moribundos.

—Y los otros, ¿quiénes son?

Su padre suspiró muy hondo, más hondo que las fosas que Asmir había visto a los hombres cavar en el parque, más hondo que el cráter de la bomba.

—Muchos eran amigos nuestros, Asmir. Otros eran vecinos. Tu madre y yo fuimos al colegio y a la universidad con algunos de ellos. Tus abuelas jugaron con sus padres.

—Entonces, ¿por qué hacen guerra? No tiene sentido.

—La guerra nunca tiene sentido —dijo Muris con tristeza.

Asmir se estremeció y se apretó más contra él.

—Sufren las personas inocentes. Un día, tu madre y yo volvíamos de trabajar y nos quedamos atrapados entre los disparos de los dos bandos. Nos preocupa pensar qué sería de ti y de Eldar si nos hiriesen.

Asmir se estremeció, tratando de borrar de su memoria la imagen del cartero, tan inmóvil, tan arrugado. Con tanta sangre.

—¿Y a ti también te obligarán a luchar y a matar gente?

Las palabras se le atragantaban. Igual que las tortitas.

—Obligarán a algunos. Pero yo no quiero matar a nadie, Asmir. Voy a ir voluntario a trabajar en un hospital. Hace falta que todo el que pueda ayude a atender a los heridos

—Yo preferiría quedarme a ayudarte —dijo Asmir.

—Tú también tienes un trabajo que hacer —dijo su padre—. Ahora tendrás que cuidar de tu madre y de Eldar, y de la abuela.

—¿Cuándo volveremos?

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

De pronto Asmir se sintió viejo. Viejo y triste. Y muy cansado. Su padre le rodeó con sus brazos. Entonces ya no le importó nada más, y se quedó dormido sobre el hombro de su padre.

Cuando se despertó, en los rayos de sol bailaban motas de polvo. Asmir tosió. Ahora siempre había polvo, por los bombardeos. Tiritó. La cama estaba fría. Se dio la vuelta. La cama estaba vacía.

—¡Papá! —llamó.

Pero no contestó nadie. Muris se había ido.

## 2. La huida

Asmir corrió a su cuarto. Su madre estaba lavando con una esponja a Eldar, que seguía sofocado y lloroso. Le dijo a Asmir que se vistiera poniéndose dos prendas de cada cosa una encima de otra. Asmir empezó a sentirse como los pingüinos que van andando sin juntar los pies.

—¿Dónde está papá?

—Se ha ido a trabajar.

Asmir pensó en los francotiradores escondidos en los edificios en ruinas, que disparaban contra la gente que pasaba. Rezó por que a su padre no le hicieran eso. Muris tenía que llegar sano y salvo a la oficina. A lo mejor llamaba en seguida para que supieran que ya estaba allí.



Su madre vestía a Eldar.

—Eso lo puedo hacer yo —se ofreció Asmir—. Vas a llegar tarde al trabajo.

—No voy —dijo ella.

Y Asmir se acordó del bombardeo de la fábrica de chocolate. Su madre iba poniéndole a Eldar dos de cada cosa: parecía un oso de peluche. Pero era imposible ponerse dos zapatos en cada pie, así que Asmir metió las zapatillas de los dos en su mochila, con los juguetes.

Sonó el teléfono.

—¡Yo lo cojo! —gritó Asmir, y fue corriendo.

Esperaba oír la voz de Muris, pero no: era la tía Melita, que llamaba desde Belgrado.

—Dile a tu madre que se ponga —dijo. Su voz sonaba tensa como una cuerda de guitarra.

Asmir se arrimó a su madre para oír lo que decía la tía Melita. Sus palabras estallaban en el cuarto de estar como disparos.

—Mi periódico, el *Oslobodjenje*, pretende evacuar hoy mujeres y niños en un avión militar. Os he puesto en la lista. Hay ya apuntadas más de doscientas personas, y el avión sólo admite cuarenta. Para no perderlo tenéis que estar en la terminal del aeropuerto dentro de media hora.

—¡Pero eso está a tres kilómetros de aquí! —sollozó Mirsada—. Y Muris se ha ido al trabajo. El coche lo bombardearon. No hay transporte público, ni taxis. Y Eldar está malo.

—Podría ser tu última oportunidad, Mirsada —insistió Melita—. Tienes que intentarlo. Por los niños. Y por mamá.

Entonces la llamada se cortó.

Asmir miró a su madre. Tenía la cara como una máscara, blanca y tirante.

—Dile a la abuela que coja sus cosas. Tenemos que salir dentro de cinco minutos.

Asmir corrió a la habitación de la abuela, pero no tuvo que decir nada, porque ella ya estaba metiendo ropa en una bolsa.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó la abuela.

Y él asintió con la cabeza y corrió a la cocina. Desayunar: no había desayunado. Tragó un vaso de agua y se guardó dos barritas de pan en los

bolsillos.

Su madre hablaba otra vez por teléfono. Asmir se apoyó en ella, y oyó a su padre que decía:

—Puedes hacerlo, Dada —le gustaba mucho que su padre la llamase Dada—. Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo. Por mí.

Entonces se oyó un chasquido, y otra vez se cortó la llamada. Asmir deseó con toda su alma que fuera sólo el teléfono lo que se había quedado mudo.

Su madre estaba envolviendo a Eldar en una manta. Se lo dio en brazos a la abuela y cogió las dos maletas. Asmir se echó la mochila a la espalda y cogió la bolsa de la abuela. La puerta se cerró de golpe tras ellos; sus pisadas resonaron en la escalera. Asmir empujó la puerta del portal, y a toda prisa salieron a la calle, que estaba llena de hoyos y sembrada de escombros.

—Tenemos menos de veinticinco minutos para llegar —dijo Mirsada jadeando—, antes de que salga el autobús para el aeropuerto.

—Seguidme —dijo la abuela—. Pocos atajos habrá en Sarajevo que yo no conozca. Y las calles estrechas son más seguras que las anchas.

Y poniéndose delante les guió por un laberinto de callejuelas y patios y pasajes, rodeando los cráteres y los escombros, los coches quemados y los cuerpos de muertos. No había tiempo ni para ver si se reconocía a algún amigo. La abuela se cambiaba a Eldar de un brazo al otro, y Asmir se cambiaba su bolsa de una mano a la otra. Respiraba a tragos, jadeando, lleno de miedo, mareado. Se arrepintió de haber bebido tanta agua, porque iba dándole botes en la boca del estómago.

Su madre se rezagaba. Asmir le cogió una de las maletas con la mano libre. La maleta tenía ruedecitas, pero no servían para nada en aquel suelo agrietado y roto. Asmir la arrastró a tirones, desesperándose por no ser más alto, más grande, más fuerte, mayor. «¡Papá! ¿Cómo voy a hacer lo que harías tú? Yo sólo tengo siete años y estoy mareado.»

De pronto le dio una arcada y toda el agua fue a parar al oscuro empedrado. Asmir ni siquiera se limpió la boca. Ya no le quedaba ninguna mano libre, y para eso habría tenido que pararse. Y se estaba quedando

atrás. Atrás, atrás, atrás. Más lejos, más lejos, más lejos. Corre, corre, corre. Aprisa, aprisa, aprisa. «Muris, ¿por qué no estás aquí?»

Su madre había hecho un alto para esperarle.

—Gracias por darme un descanso. Ahora ya puedo yo.

—¿Seguro, Dada? —dijo él.

Ella se volvió a mirarle con una sonrisa; ya se apresuraba otra vez con las dos maletas. Asmir la siguió dando tumbos. Parecía que los brazos se le fueran a salir de los hombros.

—Ya falta menos de la mitad —le gritó la abuela.

Asmir hizo un esfuerzo de nuevo, aunque el carrito y el caballo se le iban clavando en la espalda, y él, con tanta ropa y el anorak, sudaba como un caballo de verdad. Volvió a cambiarse de lado la bolsa. Tenía la mano entumecida y vio que las asas le habían despellejado los dedos.

Adelante, adelante sin parar. De esquina en esquina, teniendo que volver atrás penosamente cuando el camino estaba cortado. Oyendo bombardeos de mortero, viendo destellos de disparos. Oyendo el estrépito de ladrillos que caían, viendo sangre y más sangre en el suelo.

Asmir se preguntó cuándo se despertaría en su cama. ¿Acabaría pronto la pesadilla? ¡Si su padre le volviera a rodear con sus brazos! Entonces le oyó decir: «La guerra nunca tiene sentido». Y se dio cuenta de que jamás volvería a despertarse en su cama. Jamás.

Y con lágrimas en los ojos era todavía difícil seguir, más difícil ver los hoyos, los baches, los obstáculos. Se cayó, se levantó como pudo, se volvió a caer. Cogía el aire a bocanadas, se ahogaba. Oyó llorar a Eldar. Y Eldar no lloraba casi nunca. Nunca.

—Ya casi estamos —le gritó su madre—. El último esfuerzo.

Pero a Asmir no le quedaban ánimos para otro esfuerzo, ni para medio esfuerzo siquiera. Entonces vio a su padre: su padre, que corría hacia él, que le alzaba en volandas con la bolsa y todo, que con él en brazos echaba a correr y cruzaba la línea de meta.

—Hemos ganado —dijo Asmir.

—Todavía no —dijo Muris.

Había muchas madres esperando con sus hijos, y montones de maletas y bultos. Llegó un autobús grande y todos empezaron a subir a empujones.

Menos mal que Muris estaba con ellos. Y ayudó también a otras madres y otras abuelas, metiendo sus cosas donde parecía que ya no cabía ni un alfiler.

El autobús estaba casi a punto de irse cuando de pronto aparecieron los soldados, y sujetaron a los hombres que habían estado ayudando; a Muris le cogieron por los brazos. Entonces el conductor pisó a fondo el acelerador, y el autobús salió a toda velocidad.

Asmir se agarró a su madre.

—¡Papá! —gritó.

Y lo mismo hicieron otros treinta niños, y algunos se echaron a llorar. Hasta Eldar, que siempre estaba contento, siempre sonriente hasta ayer, empezó a berrear. Como no había sitio para jugar a cucú, Asmir se puso a hacerle cosquillas. A Eldar le encantaba que le hicieran cosquillas. Aun a través del anorak, el jersey, la ranita y la camiseta, se rió un poquito. Su madre se volvió hacia Asmir con una sonrisa.

—Gracias, hijo mío —murmuró.

El autobús siguió su marcha. Los lloros se fueron calmando: primero pasaron a ser sollozos, y luego hipidos. Entre el traqueteo y el aire cerrado de aquella especie de cápsula, los niños se durmieron. Eldar se acurrucó en el regazo de su madre. Asmir iba sentado en las rodillas de la abuela, que eran delgadas y huesudas. Pero la abuela olía bien, y también él se durmió. Luego se despertó, y notó que tenía el pelo mojado; y eran lágrimas de la abuela, que le rodaban a él despacio por las mejillas.

Asmir acarició las manos de la abuela —las manos que hacían las mejores manzanas rellenas del mundo—, y se preguntó si los soldados habrían soltado a Muris. Entonces se alegró de haber metido dos fotos: una de Muris ayudándole a apagar las velas cuando cumplió los siete años, y otra de Muris con Eldar en brazos cuando Eldar cumplió un año. Muris, tan guapo, con el pelo rizado y los ojos que reían.

Y cada instante el autobús los llevaba más lejos, más lejos de su padre.

### 3. Refugiados

Cuando el autobús se detuvo por fin, fue delante de un gran hangar del aeropuerto. Más atrás había fuego de ametralladora, y también más allá de la valla. Asmir buscó el avión con la mirada. Había varios parados en la pista. ¿Cuál sería el suyo?

Pensaba que se bajarían todos del autobús y correrían al hangar para esperar allí; pero el conductor se negó a abrir la puerta. Habló por el radioteléfono, y luego dijo:

—El avión no ha llegado aún. Tienen ustedes que esperar dentro del autobús.

Asmir notó que por todas las mujeres corría una oleada de temor, y que el nerviosismo de los niños, incómodos y aburridos, se convertía en impaciencia frenética. Estaban encajados en los asientos como sardinas en lata. Los montones de maletas y cajas llenaban el pasillo; los portaequipajes estaban cargados de mantas y bultos atados con cuerdas. No había sitio para estirarse ni para dar un paso; no se podía uno ni revolver. Y el conductor no dejaba abrir las ventanillas más que una rendija, así que el aire era cada vez más asfixiante y maloliente.

A medida que pasaba el tiempo y no aparecía ningún avión, algunas mujeres empezaron a llorar en silencio. Los niños, cada vez más nerviosos, comenzaron a gritar.

—Por favor, deje usted que salgan los niños a hacer sus necesidades —le pidió la madre de Asmir al conductor—. Al pie del autobús —suplicó.

Al principio él se negó, pero Mirsada siguió insistiendo hasta que lo consiguió. Asmir se puso de pie en el estribo e hizo pis desde allí, respirando el aire de fuera, que olía a humo y gasolina quemada.

Primero una familia y después otra, las madres treparon sobre los bultos del pasillo para llevar a sus hijos hasta la puerta. Sobre todo era difícil para las que estaban embarazadas. Asmir se alegraba de que su madre ya no estuviera así. Ya tenía bastante con Eldar en brazos, gimoteando y ñoño. Su madre le daba aire con un pañuelo, y Asmir jugaba con él para que no llorase.

Horas y horas siguieron allí sentados. Al principio les hormigueaban los pies, luego les dieron calambres en las piernas. Primero se les entumeció el trasero y luego el corazón, y la esperanza se convirtió en punzadas de miedo. Hasta los oídos se hicieron insensibles al bombardeo de mortero, que sonaba a distancia, pero no muy lejos. Y los ojos se cansaron de mirar buscando el avión que se suponía que iba a salvarles.

Asmir sacó sus dos panecillos y Mirsada los repartió. Pero se habían quedado secos y duros, y costaba trabajo comerlos sin nada que beber. Asmir ya ni tenía hambre siquiera, pero se puso a roer su mendrugo por hacer algo. Un nubarrón gris y espeso había ocultado el sol, y la tarde iba cayendo ya. Y de pronto, por encima del rumor del combate, Asmir oyó algo que podía ser un avión.

Escuchó atentamente y quitó con el puño el vaho de la ventanilla, anhelando ver la silueta de su avión en el horizonte. Abrió la ventanilla otro poquito. El ruido se hizo más fuerte. Ya no había duda, era un avión. Un avión verde, pardo y gris, que bajaba a tomar tierra.

Asmir dio un codazo a la abuela, y ella le sonrió. Pero él, de pronto, no pudo sonreír. Ése era el avión que los iba a alejar de Muris.

En un instante les hicieron bajar del autobús y les empujaron hacia el hangar. Era como la cueva de un gigante, alto y vacío, y tan frío que a Asmir le castañetearon los dientes. Allí se quedaron apiñados, tanto rato que Asmir pensó que se habían olvidado de ellos. Pero de pronto les hicieron salir otra vez como un rebaño, empujándose unos a otros por la pista hacia el avión.

Al pie de la escalerilla que subía hasta la oscura puerta del aparato había un hombre de uniforme.

—Sólo se admite a cuarenta —dijo—. No podemos llevarles a todos. Hay demasiados niños.

De las madres, cansadas y tensas, se alzó un gemido y un lamento. Asmir no había oído nunca nada igual, ni quería volver a oírlo jamás. Los niños se pusieron a dar gritos.

Mirsada se adelantó. Y habló como ella solía, en un tono tranquilo y sereno que hacía que la gente la escuchara con atención.

—Ustedes tienen sus reglamentos, naturalmente. Y en situaciones normales hay que cumplirlos. Pero esta situación no es normal. Y no va a haber exceso de carga porque admitan más de cuarenta pasajeros: aquí la mayoría son niños, bebés incluso. Tampoco traemos mucho equipaje; sólo tenemos lo que hemos podido cargar a mano. No habrá más de una maleta por persona. Y los niños no traen más que las bolsitas con sus tesoros. Déjenos subir a todos —suplicó—. Por favor.

El hombre de uniforme la miraba y Asmir se sintió orgulloso de ella. Estaba tan guapa, con su largo pelo oscuro y sus grandes ojos oscuros. El hombre miró a Eldar en brazos, y a la abuela, que se había puesto al lado de su hija. La abuela, tan frágil que no podía pesar lo que algunos de los niños mayores. Parecía imposible que hubiera podido llevar en brazos a Eldar esa misma mañana, guiándolos en aquella carrera desesperada a vida o muerte. La abuela, tan frágil pero tan decidida.

Entonces el hombre miró a Asmir, con sus vaqueros rotos por las rodillas y sus zapatos arañados y sucios; Asmir, que hacía esfuerzos para no llorar. Y de pronto fue como si el hombre viera que aquellas personas tenían el corazón tan herido y lastimado como las manos.

—Está bien —dijo con voz ronca—. Suban todos. Y deprisa. No queremos estar aquí mucho tiempo. No es conveniente.

La sonrisa de su madre le recordó a Asmir la lámpara que había en casa con una pantalla de seda rosa y la suave luz que daba cuando se encendía.

—Gracias —dijo Mirsada al hombre, y Asmir y la abuela también dieron las gracias. Eldar sonrió de verdad por primera vez en el día.

—Que Dios les acompañe —murmuró el hombre.

Asmir le estrechó la mano, como había visto hacer a su padre.

Otras familias subían ya precipitadamente, pasándose bebés y bultos. Cuando Asmir, Mirsada y la abuela entraron con Eldar y el equipaje, todos los asientos estaban ocupados, y ellos tuvieron que sentarse en el suelo.

Asmir no había estado nunca en un avión. Miró alrededor. Había poca luz y la gente estaba muy apretada. Por una ventana pequeña se veía el resplandor de edificios que ardían a lo lejos, y las ráfagas de las balas trazadoras en la noche, que había caído como un manto oscuro.

Los motores se pusieron en marcha y el avión empezó a vibrar. Los niños volvieron a dar alaridos. Mamá tranquilizó a Eldar y la abuela acarició la mano de Asmir: se notaba que le sonreía en la oscuridad. Era extraño poder estar tan contento y tan triste al mismo tiempo. Y tan asustado. Muris había ido en avión muchas veces. ¡Debería haber estado con Asmir en su primer vuelo!

El avión retembló y empezó a rodar pesadamente por la pista. Sintieron un tirón brusco, y Asmir se dio cuenta de que por fin estaban en el aire. Subiendo, subiendo. Los incendios de Sarajevo desaparecían en la lejanía, por el sudoeste. «Sarajevo. Mi casa. Mi padre. ¡Muris!» Asmir se apretó las manos despellejadas y doloridas. «¡Ven pronto, Muris!» Asmir no había tenido tanto frío jamás en la vida. Frío, frío, frío.



## 4. Belgrado

Una hora después estaban en Serbia. La tía Melita y su marido, Miroslav, les esperaban en el aeropuerto de Belgrado. Eran periodistas. Se habían ido de Sarajevo antes de que empezara la guerra y vivían en un bonito apartamento de Belgrado. Pero en su casa había ya otras ocho personas venidas de Sarajevo. Y Ahora, con Asmir y Eldar y su madre y su abuela, eran catorce personas en dos habitaciones.

Asmir y Eldar tuvieron suerte: les dieron un rinconcito para ellos solos, al pie de las macetas con palmeras que había detrás del sofá. Era su pequeña selva privada. Asmir sacó los ositos y colocó los animales de la granja,

haciendo que los ositos eran monos, las vacas eran tigres y las ovejas eran leones.

Algunas mañanas el rincón olía mal por culpa de Eldar. A veces el propio Asmir tenía que salir con muchas prisas, pasar junto a la abuela, que dormía en el sofá, y por encima de todos los que dormían en el suelo. A menudo tenía que esperar porque el cuarto de baño estaba ocupado, y entonces esperaba dando saltitos.

Pero en Belgrado todas las casas tenían tejado y todas las ventanas tenían cristales. Volaban aviones sobre la ciudad y no caían bombas. Y en las tiendas aún había cosas para vender, aunque cada día Asmir y su madre tenían que recorrer muchas distintas para llenar de comida las bolsas. Y cada semana costaba más trabajo hacer la compra, incluso en el mercado. La guerra también se notaba en Serbia, y era difícil encontrar alimentos frescos en las ciudades.

Un día la dependienta que atendía a Mirsada dijo:

—Ustedes son refugiados, ¿verdad? Mirsada no se inmutó.

—No —dijo muy tranquila—. Estamos visitando a mi hermana y mi cuñado.

Esperó a que le envolviesen las salchichas que había pedido. Pero Asmir se dio cuenta de que le temblaban las manos cuando sacó el dinero del monedero. Y se fijó en que no volvieron a entrar en aquella tienda.

Cada día iban a comprar más lejos.

Cuando llevaron a Eldar porque tosía, la gente que había en la gran sala de espera les miraba con mala cara. Y cuando la enfermera llamó a Eldar por su nombre, el hombre que tenían al lado torció el gesto y dijo algo entre dientes. Asmir se apretó contra su madre. Ella tenía la cabeza erguida, pero Asmir notó que le afectaba por cómo le cogía de la mano. Y aunque el médico que vio a Eldar era amable, Asmir deseó que no hubiera que volver.

A la abuela le ponía nerviosa salir. Se quedaba en casa con Eldar, y se ocupaba de que las dos habitaciones superpobladas estuvieran todo lo limpias y arregladas que podían estar. Le hacía la colada a Melita, y planchaba con orgullo las camisas de Miroslav. Leía los periódicos que los demás llevaban a casa, buscando noticias de las zonas donde vivían parientes y amigos.

Asmir quería ir a jugar al parque que había al final de la calle siguiente y llevar allí a Eldar. Le entristecía estar todo el día encerrado en el piso, que no tenía ni siquiera un balcón.

Su madre se puso seria cuando se lo pidió.

—Iré yo con vosotros —dijo—. No podéis ir solos. Y cuando os llame, usaré otros nombres.

—¿Por qué tenemos que cambiar de nombre? —dijo Asmir sin comprender.

—Porque vuestros nombres son musulmanes —dijo su madre.

Aquello a Asmir le asustó, y además le pareció muy mal. La guerra les había echado de su casa. Les había separado de su padre. Ahora le quitaba su nombre, y a Eldar también.

—¿Y cómo nos vas a llamar? —quiso saber—. A mí me gusta el nombre que tengo.

—He pensado Atzo, que es lo mismo que Alejandro pero más corto. Alejandro fue un gran rey.

—Atzo —Asmir lo repitió despacio. Le gustó la idea de llevar un nombre de rey—. ¿Y a Eldar? —preguntó.

—Edi —dijo su madre—. Que es Eduardo, pero más corto.

—Edi en el parque —dijo Asmir a Eldar—. Edi en los columpios.

Y Eldar se rió. Como era pequeño, no le importaba tener otro nombre para salir a la calle.

Pero Asmir sintió miedo. Y tristeza. Echaba de menos a sus amigos. Había visto a unos niños en las escaleras de la casa, pero eran mayores; y estaba claro que no querían jugar con él.

Así que llenaba el cuaderno con dibujos para su padre. Y recortaba palabras y letras de los periódicos cuando la abuela y Mirsada los habían acabado de leer, y las pegaba en un cuaderno grande que le había dado la tía Melita.

Por las noches todos hacían corro alrededor de la televisión para saber cómo iba la guerra en Sarajevo. Veían calles enteras de casas ardiendo. A Asmir se le revolvía el estómago todas las noches, y todas las noches se preguntaba si su casa estaría a salvo. Veían a la gente mirando sus casas bombardeadas, llevándose a los heridos y enterrando a los muertos. Asmir

tenía siempre la esperanza de ver a su padre ayudando a alguien. Pero no le veían nunca.

Hasta que una noche salieron imágenes de campamentos llenos de hombres capturados por los soldados. Asmir miró con miedo, buscando a Muris; pero no estaba. Después se acurrucó junto a su madre, dejando a Eldar solo en el rincón. A Eldar no le pasaba nada porque siempre estaba durmiendo cuando empezaba la televisión. Aunque muchas veces preguntaba: «¿Dónde está papá?», y se abrazaba a las rodillas del tío Miroslav. Y los ojos de su madre eran como lagos negros y secos.

Dos días después de las imágenes del campamento, la tía Melita recibió en su oficina la llamada de un amigo de Sarajevo, que llamaba para decirles que aquella misma mañana había visto a Muris por la calle. Los soldados habían cortado casi todas las líneas telefónicas, y él tenía suerte de haber podido comunicar. Y prometió volver a llamar la próxima vez que viera a Muris.

Mirsada sonrió y abrazó a Asmir. Asmir se sintió muy feliz. Y cuando Eldar volvió a preguntar: «¿Dónde está papá?», le enseñó las fotos diciéndole: «¡Papá está aquí!».

Pero aquella noche la televisión dio imágenes de gente en autobuses, trenes y coches, y habló de refugiados. Que huían de la guerra en Sarajevo. Refugiados. Asmir preguntó a su madre:

—No, en realidad no —dijo Mirsada. Y luego añadió lo mismo que le había dicho a la dependienta de la tienda—. Hemos venido a ver a la tía Melita y al tío Miroslav.

Todas las noches había imágenes de soldados y casas bombardeadas, ancianos cojeando hacia los autobuses, ancianas llorando en los trenes y madres entristecidas con niños. Y se seguía hablando de refugiados. Pero nunca salía Muris.

Y una noche se vio en la pantalla a unos hombres de uniforme, que parecían soldados, delante de unas grandes barreras atravesadas en una carretera. El locutor de la televisión dijo que los pasos fronterizos podían cerrarse pronto. Y todo el mundo se quedó muy callado.

Asmir quiso preguntar qué eran los pasos fronterizos, pero sus tíos habían empezado a hablar en voz baja con mamá y la abuela.

—Yo creo que ya es hora —estaba diciendo la tía Melita.

«¿Hora de qué?», pensó Asmir.

La abuela le decía a mamá, dándole palmaditas:

—Aquí hace ya semanas que no hay leche para Eldar. Y Asmir lleva meses sin probarla. Lo único que puedes hacer por Muris es cuidar de los niños. Tienes que pensar en ellos sobre todo.

Mirsada asintió sin palabras; sus ojos eran mares de lágrimas brillantes.

El tío Miroslav estaba diciendo:

—Yo mañana intento conseguir gasolina en el mercado negro, y si la hay nos vamos el domingo.

Asmir tiró de la manga a Melita:

—¿Ahora somos refugiados de verdad?

—Todavía no —dijo su tía—. Además, tenemos suerte. Tenemos un amigo que nos espera. En Viena. Se llama Chris. Es el jefe de relaciones exteriores de una gran fábrica de coches. Yo he trabajado mucho para él en estos dos años.

—¿Por qué nos tenemos que ir? —preguntó Asmir.

La tía Melita explicó:

—Porque si cierran las fronteras ya no podremos salir de Serbia. Y aquí ya no estamos seguros ninguno.

—¿En Belgrado no estamos seguros? —preguntó Asmir, pensando que allí no había bombas ni soldados—. ¿Por qué no estamos seguros?

Recordó las preguntas raras, las miradas desagradables, su nuevo nombre.

—Porque somos musulmanes —dijo la tía Melita.

En su voz había tristeza, rabia y dolor, todo a la vez, y Asmir comprendió. Abrazó a su tía, tan guapa con su vestido sedoso de flores, su pelo largo y rizado, castaño claro, y sus grandes ojos gris-azulados. No le gustaba nada ver aquellos ojos empañados tras la montura brillante de las gafas. Melita estaba siempre tan alegre y era tan animosa para todo...

—Pero el tío Miroslav no lo es —dijo Asmir—. Es serbio, así que no pasa nada.

El tío Miroslav era sólido como una peña, tranquilo y seguro de sí mismo y de lo que había que hacer. Tenía que ser así; si no, no le habrían

puesto a dirigir un departamento de la principal agencia de noticias de Belgrado.

—No, eso no facilita las cosas, al revés, porque los otros serbios no se fiarán de él.

Asmir estaba hecho un lío. Con razón había dicho su padre: «La guerra nunca tiene sentido».

—¿Está lejos Viena? —preguntó.

La tía Melita asintió con la cabeza.

—Tenemos que viajar un día entero y media noche. Tenemos que cruzar cuatro fronteras: salir de Serbia y entrar en Hungría, salir de Hungría y entrar en Austria.

Así dicho, parecía un viaje difícil.

—¿Y papá cómo nos va a encontrar? —preguntó Asmir.

—Nos encontrará —dijo la tía Melita. Y Asmir la creyó.

## 5. Cruzando fronteras

Al día siguiente Asmir ayudó a hacer otra vez el equipaje. No tardaron mucho tiempo, porque no tenían muchas cosas. Tampoco la tía Melita y el tío Miroslav tardaron mucho, porque en el coche había poco sitio. Era un cochecito pequeño, cómodo para dos personas; pero seis prácticamente no cabían, aun sin contar las maletas y la lata extra de gasolina que el tío Miroslav había podido comprar.

Así que la tía Melita y el tío Miroslav lo dejaron todo en su bonito apartamento: los cuadros en las paredes, los libros en los estantes, la loza en el aparador, la colcha en la cama, la ropa en el armario. En el coche sólo

cabía una maleta de ropa por cada uno y algo de comida y bebida para el viaje.

El domingo hacía calor, demasiado calor para que Asmir y Eldar llevaran doble cantidad de ropa. La madre de Asmir no quería dejar atrás nada. Lo que habían traído de Sarajevo era lo único que tenían. Así que Miroslov estuvo poniendo y quitando y volviendo a colocar las cosas en el coche hasta que consiguió que entraran todas. Asmir le dijo a su tío que ni Muris lo habría hecho mejor. Y la tía Melita comentó bromeando que era una suerte que en los últimos meses ella hubiera adelgazado tanto.

Pero nadie bromeó sobre lo delgada que se había quedado la abuela. Sobre eso nadie decía nada. Daba la impresión de que se podía romper como una galleta. Asmir, sentado en sus rodillas, temía partirla con su peso. Pero por dentro seguía siendo toda dulzura, y cuando se pusieron en marcha abrazó a Asmir, y con eso él olvidó por un momento que eran refugiados.

No habían recorrido más de veinte kilómetros cuando el coche se averió.

—¿No será que se ha calentado el radiador por ir con tanto peso? —dijo la tía Melita.

—Más probable es que sea suciedad de la gasolina —murmuró el tío Miroslov—. Nunca se sabe qué porquerías le echan en el mercado negro. Será mejor que nos bajemos todos. Tendré que limpiar el conducto y no sé cuánto tardaré.

No había ninguna sombra, pero hasta la carretera llegaba un campo de girasoles que era como un bosque. A Asmir se le ocurrió meterse a gatas entre los altos tallos verdes y hacer una covacha para Eldar y la abuela, pero su madre dijo que eso sería una faena para el dueño del campo; así que hicieron un pequeño refugio tendiendo una manta sobre las portezuelas abiertas.

Asmir le pasaba las herramientas a su tío, que, arrodillado junto al motor, ajustaba y aflojaba tuercas. Asmir miraba a los girasoles. Unas cuantas abejas se movían despacio por sus grandes centros ásperos, que eran como hogazas de pan negro, y un abejorro peludo zumbaba sobre los tréboles. Las mariposas descansaban con las alas unidas: parecían hojas secas. Una mariquita abrió de pronto su reluciente caparazón, desplegó las alas y echó a volar.



Mirsada sacó una botella de agua y la fue pasando de unos a otros.

—Sólo un trago cada uno. Tiene que durar.

«¿Cuánto tiempo?», se preguntó Asmir, pero no lo dijo.

El tío Miroslav escupió el último buche de gasolina sucia del tubo y se limpió la barba. Mirsada le dio una taza de agua y media manzana. La otra media la repartió cuidadosamente entre los cinco.

El tío Miroslav puso el motor en marcha, y todos subieron rápidamente al coche. Estaba caliente como un horno y apestaba a gasolina. Asmir, encogido sobre las rodillas de la abuela, se sentía pringoso y mareado.

—¿Cuándo llegamos? —preguntó.

—Todavía falta mucho. Hasta la primera frontera nos quedan todavía un par de horas. Esperemos que nos dejen entrar en Hungría. Diremos que vamos de vacaciones —dijo la tía Melita.

—Menos mal que traigo la mochila —dijo Asmir—. Y menos mal que la has puesto arriba del todo —dijo a su tío.

El tío Miroslav le dirigió una gran sonrisa por el espejo retrovisor. Pero nadie decía nada. Asmir pensó que iban rezando. Menos Eldar, claro, que iba dormido. Pero los soldados habían bombardeado a Dios. ¿Cómo oiría Él sus oraciones? Asmir se sintió muy solo. Echaba de menos a Muris. ¿Y la madre de Muris, su otra abuela? ¿Estaría bien? ¿Podrían cuidarse el uno al otro?

«Hungría. Un país extranjero. ¿Y si no nos dejan pasar?», pensó Asmir. «¿Habrá que dar la vuelta y deshacer otra vez las maletas?» Miró al retrovisor y vio que ahora el tío Miroslav iba muy serio. La tía Melita tenía los ojos cerrados, y la abuela también. Y las lágrimas de Mirsada caían despacio en los rizos de Eldar.

«¿Y si no nos dejan pasar, qué?», se volvió a preguntar Asmir. «¿Y si el paso fronterizo está cerrado?» Y pensó en el tren de juguete que había dejado en casa, y en las barreras que bajaban para cortar la carretera cuando pasaba un tren.

Eldar se despertó y empezó a parlotear. Pero no le hizo caso ni la tía Melita, que siempre estaba alegre y risueña, y al cabo de un rato hasta Eldar se calló. Asmir vio que también su hermanito sentía el temor a lo desconocido que les aguardaba.

Qué despacio iba el coche tan cargado. Otros coches llenos de gente les adelantaban, y camiones y autobuses.

—Esperemos que no haya mucha cola en la frontera —dijo la tía Melita, expresando uno de los temores que todos sentían.

Pero cuando por fin el tío Miroslav frenó a la vista de las primeras indicaciones, delante sólo llevaban dos camiones y un autobús, que se metieron por un desvío. El guardia les hizo señas de que siguieran.

—¡Hemos pasado! —gritó Asmir.

—Todavía no —dijo la tía Melita—. Lo único que hemos hecho ha sido salir de Serbia. Aún tenemos que entrar en Hungría. Pero no sabemos si nos dejarán.

Apenas había acabado de decirlo cuando ya había edificios con una bandera distinta, más carteles con letras que no eran las que Asmir conocía, palabras en otro idioma. Más barreras, y más hombres con uniformes diferentes, que parecían soldados.

Uno de ellos ordenó parar al tío Miroslav. Miró al interior del coche con cara de mal humor. Ni siquiera a Eldar le sonrió. Asmir sintió lástima de los niños que hubiera en su casa; no tenía aspecto de ser un padre como Muris, cariñoso y alegre. El hombre gruñó algo que Asmir no entendió, y el tío Miroslav le dio todos sus valiosos pasaportes.

El hombre giró sobre sus talones sin decir palabra y desapareció en uno de los edificios donde había otros hombres de uniforme.

Había que esperar dentro del coche. Y pasó mucho rato.

Pasó tanto rato que a Asmir le entraron ganas de hacer pis. Se lo dijo a su madre al oído, pero ella meneó la cabeza.-

—Todavía no —le contestó por lo bajo, como si a la menor palabra o movimiento el hombre malhumorado pudiera salir furibundo del edificio gris y hacerles volver por donde habían venido.

Asmir juntó las piernas con fuerza. El guardia de fronteras salió por fin, con el ceño fruncido y los valiosos pasaportes en la mano derecha. Se los dio con malos modos al tío Miroslav, al tiempo que con la otra mano daba paso al coche.

El tío Miroslav arrancó, y todos dejaron escapar un suspiro. Pero a Asmir también se le escapó otra cosa: de pronto el regazo de la abuela

estaba húmedo. Él la miró y se puso muy colorado.

—Lo siento, abuela —susurró.

Ella sonrió y le abrazó fuerte. Asmir pensó que tenía la mejor abuela del mundo.

## **6. Cada vez más lejos**

Nadie dijo nada mientras entraban en Hungría. Según dejaban atrás kilómetros y más kilómetros, Asmir sabía que estaban cada vez más lejos de su padre.

Cada vez más lejos. Pasaron campos y campos de girasoles, y pueblecitos con las casas pintadas de amarillo. Asmir vio un campesino que iba con un caballo y un carro, y se alegró de haber metido el de juguete que Muris le había regalado a Eldar por su primer cumpleaños.

Mirsada repartió pan, pero estaba seco y duro, y Asmir no podía tragar. Pasaron junto a cerezos que estaban cargados de fruta, donde había gente con

cestos subida a escaleras, muy atareada. Otros vendían las cerezas junto a la carretera.

Pero el tío Miroslav no quería parar. No quería parar hasta que llegaran a la otra frontera y estuvieran a salvo en Austria. Además, no llevaban dinero del que se usaba en Hungría.

Asmir pensó con nostalgia en la dulzura jugosa de las cerezas y se acordó de los árboles que había en Sarajevo. ¡Ojalá su padre tuviera cerezas!

Seguían adelante, adelante. Asmir dijo:

—¿Cuándo llegamos?

—Tarde —dijo la tía Melita—. Después de que anochezca.

—¿Y a dónde iremos cuando hayamos llegado?

—Nuestro amigo Chris nos ha ofrecido su piso durante tres semanas, mientras él se va de vacaciones con sus padres, que han venido a verle desde Australia.

—¿Y qué haremos cuando vuelvan?

—Entonces Matthias, un amigo de Chris, nos dejará su piso por un mes. Todo está previsto —le tranquilizó la tía Melita.

Asmir se quedó pensando dónde irían cuando Matthias volviera a su piso, pero aún quedaba tiempo para eso. Así que preguntó otra cosa, que de momento le preocupaba más:

—Si está oscuro cuando lleguemos, ¿cómo vamos a encontrar el apartamento de Chris?

—Matthias sale a esperarnos con su coche en la autopista, antes de entrar en Viena, para enseñarnos el camino.

—¿Aunque sea de noche?

—Sí —dijo la tía Melita—. ¡Tenemos la suerte de tener amigos así de buenos!

—¿Chris y Matthias hablan serbocroata como nosotros?

—No. Chris es australiano. Habla inglés y alemán. Matthias es austríaco. Habla alemán e inglés —explicó la tía Melita.

—¿Y yo qué tengo que decir para darles las gracias?

—Yo te puedo enseñar a dárselas en inglés —dijo la tía Melita—. Pero tampoco yo sé alemán. Así que eso lo tendremos que aprender todos juntos,

porque en Austria todo el mundo habla en alemán.

Asmir empezaba a estar hecho un lío. Pero repitió, siguiendo a su tía:

—*Thank you.*

Y después también aprendió cómo se decía en inglés: «Me llamo Asmir. Tengo siete años. Mi hermano se llama Eldar. Tiene dieciséis meses».

Y su madre dijo en inglés:

«Me llamo Mirsada. Venimos de Sarajevo. Mi marido sigue estando allí.»

Asmir se sorprendió de oír a su madre hablar en inglés, pero su tía dijo:

—Tu madre sabe inglés, pero le da vergüenza porque hace mucho tiempo que no lo habla. Todos tendremos que practicar.

Y siguieron adelante, kilómetro tras kilómetro, cruzando campos de maíz y de trigo que se extendían por la llanura bajo el sol, hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Cuándo llegamos? —volvió a preguntar Asmir.

—Después de que el sol se ponga y salga la luna —dijo la tía Melita.

Mitad temeroso y mitad contento, Asmir vio ponerse el sol como una bola de fuego. Después, justo cuando salía la luna como una moneda de plata reluciente, vio unos ciervos en un trigal. ¡Qué bonitos estaban, recortados sobre el cielo! Y qué bien que no hubiera hombres escondidos con escopetas para matarlos.

La luna estaba cada vez más alta. ¿Muris la estaría viendo también? Se la veía cada vez más pequeña, cada vez más lejana. Asmir miró a su madre. Tenía una cara muy triste. Seguro que también ella pensaba en Muris en aquel momento. Asmir le levantó de la mejilla un mechón de pelo sudoroso y le dirigió una sonrisa.

—Muris estará bien, Dada —dijo con mucha seguridad, para que lo creyeran los dos. Y ella también le sonrió.

Entonces una nube se atravesó en el cielo y ocultó la luna. Asmir tiritó, y la abuela le abrazó más fuerte.

—¿Ya estamos llegando?

—Todavía no —dijo la tía Melita.

Asmir bostezó. Eldar ya estaba dormido; pero porque era un bebé. Asmir dijo lo que había aprendido a decir en inglés:

—*My name is Asmir. I am seven years old. My brother's name is Eldar. He is sixteen months old.*

—*Very good* —dijo la tía Melita.

—*Thank you* —dijo Asmir.

La abuela le acarició el pelo, y él se durmió. Se despertó de pronto: el coche estaba frenando.

—¿Ya hemos llegado?

—Todavía no —respondió la tía Melita. Y lo que dijo después ya lo había notado Asmir—: Estamos en la frontera con Austria.

Sentía la presión del miedo de todos los mayores, tan fuerte que casi no se podía respirar.

En el lado húngaro de la frontera, el guardia les hizo seña de seguir adelante.

—Éste está muy contento de perdernos de vista —murmuró el tío Miroslav.

Más allá había una bandera roja y blanca. El rojo era el color favorito de Muris. Había más carteles con letras extrañas, más edificios, todavía más hombres de uniforme. Uno se puso delante del coche.

Asmir sintió que la abuela contenía la respiración. Al acercarse el guardia a la ventanilla del tío Miroslav, todos contuvieron la respiración. Todos menos Eldar, que seguía dormido.

¿Les dejarían pasar?

¿O les harían volver? ¿A Serbia?

El guarda miró al interior del coche. Vio a Eldar y sonrió. Vio a Asmir y volvió a sonreír. Vio a la abuela y la saludó con una inclinación. Devolvió los pasaportes que le había entregado el tío Miroslav e hizo seña de que siguieran.

El coche cruzó la frontera. La frontera de Austria: *Oesterreich*. Donde no había guerra. Donde había leche para Eldar. Y para Asmir también. Y carne, y huevos, y pan, y mantequilla, y queso. A lo mejor Dios seguía estando allí también.

Todos reían y lloraban. Hasta la tía Melita lloraba. Asmir besó a la abuela. Se estiró y besó también a la tía Melita. Besó a su madre y notó el

sabor a sal de las lágrimas en sus mejillas. Su madre sonreía, pero Asmir sabía que estaba pensando en Muris. Muris, solo tan lejos, en Sarajevo.

El tío Miroslav no había parado el coche. Pero ya no iba con los hombros encogidos ni se le veían los nudillos blancos debajo de la piel. Asmir le plantó un beso en la calva:

—Gracias, tío Miroslav.



## 7. Por fin a salvo

Salió la luna de detrás de una nube, y Asmir se durmió. Volvió a despertarse cuando el coche frenó y se detuvo a un lado de la ancha autopista. Había luces, rumor de voces y risas, olor a gasolina y a café. El tío Miroslav se apeó, y de un coche grande aparcado junto a la cafetería salió un hombre alto, que se dirigió hacia Miroslav y le tendió la mano.

—¡Bienvenidos a Austria! Yo soy Matthias.

Vino hasta el coche, saludó a la abuela y a mamá inclinando la cabeza y a la tía Melita le dio un beso en la mejilla. Sonrió a Asmir, y él dijo en inglés:

—Me llamo Asmir. Tengo siete años. Gracias, Matthias.

Matthias apuntó a su coche y dijo en inglés: —¿Te gustaría venir conmigo?

Asmir miró a su tía. Melita dijo:

—Matthias te invita a ir en su coche mientras él nos guía por Viena hasta el apartamento de Chris.

Asmir miró a su madre. Mirsada asintió. Y Asmir, dando las gracias a Matthias, bajó del regazo de la abuela. El coche de Matthias era rojo oscuro y brillante. El asiento era tan grande que habría habido sitio también para su madre. Asmir estiró las piernas y se restregó contra la blanca tapicería. Matthias sonrió.

—¿Quieres dormirte?

Como Asmir no entendía su idioma, Matthias hizo como si reclinara la cabeza sobre las manos.

Pero Asmir no quería dormir. Aquello era muy emocionante, y había muchas cosas que ver aunque fuera de noche y los coches pasaran a toda velocidad. Las luces de la autopista la iluminaban como si fuera de día, y a lo lejos otras brillaban y parpadeaban desde edificios altos. Y de la radio del coche salía una música muy bonita, una música alegre que daba ganas de bailar; era una pena que Mirsada no la oyera. Matthias le dio una chokolatina, y Asmir se sintió tan feliz como no lo había estado en muchísimo tiempo.

Entraron en una ciudad grande donde las calles, anchas y bordeadas de árboles, no tenían cráteres de bombas; los edificios, altos y alineados, estaban enteros, y las luces eran reconfortantes. De tanto en tanto, Asmir se volvía para ver si el tío Miroslav venía detrás.

De las calles anchas pasaron a otra estrecha, todavía más estrecha por los coches aparcados a uno y otro lado. Asmir veía las luces del coche del tío Miroslav. Doblaron una esquina, y después otra y otra.

¿Cómo se las arreglaría Muris para dar con aquel sitio cuando huyera de Bosnia?

El coche de Matthias frenó. Había un hueco delante de un portón en arco, con una sólida puerta de madera. Matthias hizo señas al tío Miroslav para que aparcase allí.

—Ya estamos —dijo.

Lo dijo en inglés, pero Asmir entendió que por fin habían llegado, y se alegró. Pero también sintió tener que dejar aquel coche tan grande y cómodo y la música de baile.

—Gracias —dijo.

El tío Miroslav estaba en la acera estirándose. La tía Melita estaba cogiendo a Eldar, que seguía dormido, de los brazos de Mirsada. Matthias ayudaba a la abuela a salir del coche. Después de ir encogidos durante el largo y angustioso viaje, todos se estiraban.

Matthias abrió la cerradura del portal, y fueron sacando el equipaje del coche y dejándolo en un patio empedrado que había más allá de un pasaje de alto techo. Matthias abrió una puerta que daba a un portal interior, y luego otra más.

Era un ascensor. Amontonaron dentro las maletas y los bultos, con la abuela, Mirsada y Eldar. Matthias apuntó a la escalera y levantó un par de dedos. Asmir echó a correr escaleras arriba; subió dos tramos, y llegó justo a la vez que el ascensor. Primero ayudó a salir a la abuela, y luego empezó a arrastrar fuera el equipaje.

Llegó Matthias con las llaves del apartamento de Chris. Abrió otra puerta, pulsó un interruptor y se encendieron las luces, disipando la larga oscuridad, como si les dieran la bienvenida. Asmir tiró los zapatos al aire y echó a correr descalzo por el suelo brillante del pasillo; dobló un recodo y llegó a una habitación grande, grande, donde las luces colgaban en grandes ramilletes de cristal reluciente desde un techo alto, alto.

Allí esperó radiante a que todos los demás fueran entrando en el salón. Eldar se había despertado, y reía y parloteaba. Se libró de los brazos de su madre y echó a correr con Asmir por todas las habitaciones; y dieron vueltas y vueltas corriendo, aturdidos de alegría. Casi ni se pararon para tomar la leche que su madre había encontrado en el frigorífico. Se columpiaron en la mecedora y tocaron las teclas del piano de cola.

Después descubrieron el cuarto de baño, blanco deslumbrante, con las paredes y el suelo de fresco mármol. Asmir abrió los grifos dorados que había sobre una bañera grandísima, y los dos hermanos se quitaron la ropa y se metieron, riendo y chapoteando. Cuando vino su madre con toallas, no querían salir; pero Mirsada les dijo que había una bolsa con juguetes que

habían dejado para ellos los padres de Chris, y al oír eso salieron de un salto y se pusieron los pijamas.

Había un panda y un perrito, a los que inmediatamente acostaron en la cama mueble que su madre había sacado y hecho ya, con sus sábanas y su manta. Había una pelota blanda con un cascabel dentro, que sonaba al tirarla. Y había un juego de aros de colores, y los estuvieron apilando una y otra vez: Eldar los metía en el poste de cualquier manera, pero Asmir se empeñaba siempre en que fueran por orden, desde el más grande en la base hasta el más pequeño arriba del todo.

Lo estaban pasando tan bien que no querían irse a dormir. Pero cuando Mirsada entró en camisón y se tumbó en la cama y se tapó con la manta, Asmir apagó la luz de las grandes arañas del techo y los dos niños se acostaron junto a su madre. Entonces Asmir habría querido con toda su alma tener a Muris al otro lado.

Se despertó con un son de campanas que saludaban el nuevo día. Se escurrió de la cama, fue de puntillas hasta la ventana y se asomó a escuchar y ver. El sonido de la campana más grande era como si le pasara por encima y por dentro; era dulce, cálido y espeso, como la cobertura de chocolate oscuro de la tarta de su cumpleaños. Otras campanas repicaban y tintineaban, plateadas como las bolitas con que su madre había escrito su nombre. Otras bailaban y parpadeaban como las siete velas rojas.

Aquí los soldados no habían bombardeado a Dios. A Asmir le dieron ganas de gritar y cantar con las campanas; de bailar sobre el brillante suelo iluminado por el sol; de balancearse en la mecedora y aporrear el piano.

Pero todos los demás seguían durmiendo. Así que saboreó su alegría secreta en silencio, y recorrió con la vista aquella gran sala que iba a ser su casa durante tres semanas.

Examinó el dibujo del suelo de parqué, cientos y cientos de piezas de madera formando líneas seguidas y dibujos, como los azulejos de una mezquita. Miró las plantas, las palmeras, la hiedra y las cintas. Miró los cuadros de montañas y lagos, flores y árboles, y dos cisnes con coronas, y una señora de ojos oscuros como los de su madre, que parecía como si allí donde él fuera le estuviera siempre vigilando.

Entró de puntillas en la habitación donde dormía la abuela, en un colchón sobre el suelo: allí había estanterías con libros y fotos de canguros y koalas, y un calendario con delfines. Luego se metió sin hacer ruido en el dormitorio grande donde dormían la tía Melita y el tío Miroslav, y contempló los cuadros, que allí eran de barcos y gente, y los geranios color de rosa que había en el borde de la ventana, que daba al patio de entrada.

Se dio una vuelta por el cuarto de baño.

—Me llamo Asmir —dijo en inglés a los siete niños de los espejos. Asmir, Asmir, Asmir, Asmir, Asmir, Asmir, Asmir. Siete niños le devolvieron la sonrisa.

Brincó por el pasillo hasta la puerta donde había abrigo colgado, zapatillas muy bien puestas en fila y unos paraguas grandes y negros apoyados en un rincón. Luego fue al cuarto de baño. Sin tener que esperar a que saliera nadie. Sin tener que darse prisa para que entraran los demás. Se lavó las manos en el lavabo, mirándose en el espejo, que era grande, con un marco rojo.

En la repisa había una bonita copa llena de dulce de frambuesas con crema y una guinda arriba. Qué sitio tan raro para dejarla. Se empinó, y le pasó un dedo sólo por ver a qué sabía.

Y entonces le dio la risa, porque era de mentira: era de cera. Le dio tanta risa que tuvo que sentarse en el retrete. Luego se fue a la cocina en busca de una cuchara para ponerla al lado.

Bebió un poco de leche y encontró unas galletas tostadas y crujientes. Después se volvió a meter en la cama al lado de su madre.

Mirsada sacó una mano y le acarició el pelo. Y Asmir se durmió.

## **8. De exploración**

Las campanas de Viena tocaban otra vez cuando se despertó. Eldar estaba parloteando, y su madre se desperezaba. El tío Miroslav silbaba bajo la ducha, la tía Melita y la abuela hablaban en la cocina, y olía a café recién hecho.

Sentados alrededor de la mesa de la cocina, desayunaron con pan y mantequilla, queso, huevos y salchichas. Había cuatro clases diferentes de mermelada en tarros de plástico. Charlaban y reían y comían más, y bebían café con leche con chocolate por encima. Era como una fiesta. Asmir vio que su madre miraba a la silla vacía que quedaba junto a la pared, y se dio cuenta de lo que estaba deseando.

Era ya por la tarde cuando salieron. Bajaron, cruzaron el patio empedrado, y atravesando el portalón salieron a la calle estrecha, que tenía un nombre muy largo: Sonnenfelsgasse.

Había un escaparate con unos muebles muy elegantes, y una larga fila de ositos de peluche que habían sido todos muy queridos: grandes, pequeños y medianos, sobados y raídos. El mayor estaba sentado en un coche de juguete donde habría cabido Eldar, y al verlo todos se echaron a reír otra vez.

Asmir pensó en el largo viaje. Había sido ayer mismo, todos apretujados en el coche. Y ahora tenían a sus osos sentaditos en aquella gran sala, bajo las arañas resplandecientes, con los cisnes haciéndoles compañía y la señora del cuadro para vigilar que no hicieran ninguna trastada.

Los escaparates estaban llenos de toda clase de cosas que comprar. La gente paseaba comiendo helados o pizza, y otros tomaban café sentados en mesas sobre la acera. Era igual que Sarajevo hasta que llegaron los soldados. Asmir se sintió corno en su casa.

Entonces volvió a oír su campana favorita. Tiró de la mano de su madre y echaron a andar hacia donde sonaba. Justamente se apagaban los últimos ecos cuando salieron a una plaza muy grande. En el centro estaba el edificio más alto que Asmir había visto en su vida; se alzaba por encima de todos los demás, y su torre subía derecha hasta el cielo de verano. Asmir se quedó sin respiración.

—Esta es la plaza de San Esteban —dijo la tía Melita, que había estado antes en Viena—. Y esa es la catedral de San Esteban. Los vieneses están muy orgullosos de su catedral, y hasta le han puesto un mote cariñoso: la llaman *Steffl*.

Asmir alzó la vista al gran pórtico en arco de *Steffl* y la enorme ventana apuntada que había sobre él. Jamás había visto nada igual. Según caminaban alrededor, él iba con el cuello torcido para mirar el tejado, que tenía un dibujo de un águila muy grande con dos cabezas, negra, sobre las tejas verdes y amarillas.

Pero Eldar daba gritos de regocijo por otra cosa. En la calle había una fila de coches de caballos, dos enganchados a cada coche. Caballos bayos, negros, tordos. Y una pareja muy especial, que Asmir supo en seguida que eran los que más le gustaban.

Eran blancos con grandes manchas negras, como los caballos pintados de los tiovivos. Llevaban las cabezadas y las orejeras de color amarillo encendido, a juego con los remates amarillos del coche y los radios de las ruedas, que a Asmir le recordaron los girasoles. Y en la portezuela del coche había un águila de plata con dos cabezas.

También había perros por la calle: perros pequeños y bajitos que sus amos llevaban a rastras como si fueran de juguete, y otros grandes y fuertes que iban tirando de sus amos como si el juguete fuera el amo. Había caniches con moñitos entre las orejas, y terriers con collares de cuadros escoceses. Había hasta un perro enorme que estaba lamiendo un helado que le daba su amo.

Pero lo que le encantó a Asmir fueron los caballos. Recorrió la fila de coches, mirándolos uno por uno, viendo cómo se subía gente con cámaras de fotos, y los cocheros, con sombrero hongo negro, cogían las riendas y los caballos obedecían sus órdenes, escuchando el chirriar de las ruedas sobre el empedrado y las risas de la gente cuando se ponían en marcha.

¡Qué ganas le dieron de ir sentado en uno de aquellos coches, en cualquiera de ellos, sonriendo y saludando con la mano a la gente que pasaba y mirando la espalda del cochero y el bamboleo de las grupas de los caballos! Pero sobre todo ir en el coche de las ruedas como girasoles y los caballos de tiovivo. Si su padre hubiera estado con ellos, seguro que habrían montado. Asmir miró esperanzado al tío Miroslav.

Miroslav se echó a reír y dijo:

—Menos mal que teníamos nuestro coche para el viaje. Si hubiéramos tenido que venir en uno de estos, nos habríamos pasado semanas en la carretera.

Entonces Asmir recordó que eran refugiados, no turistas. Que el dinero era para comprar leche y carne, pan y mantequilla. Que no había dinero para pasear en coche de caballos ni darse caprichos. Se alegró de que mirar no costase nada.

Pero el tío Miroslav dijo:

—¡Hoy estamos de celebración! Vamos a tomarnos todos un helado.

Asmir lo pidió de fresa, y saboreó todos los lametones hasta la última gota. Mirsada lo pidió de chocolate, y Asmir se imaginó que estaría



pensando en los chocolates que solía llevar a casa de la fábrica de Sarajevo.

En el camino de vuelta entraron en un supermercado. A Asmir le pareció que jamás había visto tanta comida junta. La tía Melita compró leche, carne, pan y mantequilla. El tío Miroslav compró plátanos y cerezas. Las asas de la bolsa de plástico se le clavaban en los dedos, pero Asmir iba orgulloso de ayudar a llevar las cosas a casa.

Al día siguiente la tía Melita fue a trabajar a la oficina de Chris. Había hecho trabajos para él en Belgrado, y él le había buscado un puesto aquí en Viena, en su empresa de automóviles. Pero el tío Miroslav no tenía donde ir a trabajar; tuvo que quedarse en casa, con la abuela y Mirsada y los niños. Y estaba ya nervioso, echando de menos su trabajo en la atareada agencia de noticias.

Por la tarde Mirsada salió con los niños a hacer la compra. Eldar quería quedarse mirando los caballos, pero Asmir le agarró de la mano, y andando despacito fueron con su madre hasta el supermercado. Eldar quería tocarlo todo, y no paraba de coger cosas y meterlas en el carrito.

—No —le decía Asmir—. Déjalo donde estaba.

Eldar se escapó riendo, por detrás de un mostrador cargado de cartones de huevos. Asmir le atrapó, pero se le soltó y otra vez echó a correr entre los estantes llenos de tarros de mermelada. Asmir corrió tras él, pero Eldar desapareció riendo detrás de los estantes. Temiendo oír un estropicio, Asmir se puso a buscarle. Entonces Eldar asomó por el otro lado, junto a los mostradores refrigerados donde estaban la leche y los yogures, y cogió un yogur.

—No, Eldar. Déjalo donde estaba —gritó Asmir.

Pero era demasiado tarde: Eldar había metido un dedo a través de la tapa, y se puso a berrear cuando Asmir se lo quitó. Le llevó junto a su madre, enseñando el envase estropeado. Mirsada lo miró con tristeza y lo puso en el carrito. Abrió el monedero para ver el dinero que le había dado la tía Melita, y devolvió a su sitio la lechuga que acababa de elegir.

La vuelta a casa fue lenta, entre las bolsas de la compra y Eldar que iba tirando todo el rato. Se pararon otra vez a mirar los caballos, y a Asmir le encantó ver a su coche favorito, que esperaba pacientemente junto al bordillo. Le habría gustado tener una manzana o un terrón de azúcar para

darles. Sonrió tímidamente al cochero, y él dejó que les tocara los hocicos. Los tenían calientes y duros, y al apartar la mano Asmir sintió el aire caliente de su respiración.

## 9. La tormenta

Cuando salieron al día siguiente, no hubo manera de llevar a Eldar más allá de los caballos; chillaba de tal modo que a Asmir le dio vergüenza. Recorrieron la fila de coches. A Eldar le gustaba el de los caballos negros con las cabezadas y las orejeras rojas; los contempló extasiado mientras Asmir observaba cómo el cochero alzaba la capota del coche, cubría su sombrero con un plástico y se ponía un chubasquero sobre el elegante chaleco. Estaba desdoblado unas grandes mantas de cuadros para los caballos cuando el oscuro cielo se iluminó de pronto con un gran destello, y sonó un estampido que retumbó como la explosión de una bomba.

Eldar dio un grito de miedo; Asmir le agarró y corrió con él a guarecerse de la tromba de lluvia, que caía en goterones rápidos como balas.

Mirsada les dirigió hacia los muros protectores de *Steffl*.

La gente corría a refugiarse en todas direcciones, y en el barullo Asmir y Eldar se separaron de su madre. La multitud les empujaba hacia el pórtico de la catedral, y Asmir no se dio cuenta de que Mirsada no iba detrás. Al agolparse más y más gente que huía de la tormenta, tuvieron que meterse más hacia dentro; y, aunque Asmir llevaba agarrado a Eldar todo lo fuerte que podía, no pudo impedir que se le soltara en medio de aquella marea humana que invadía el pórtico.

También a Asmir le arrastró el gentío, y cuando de repente se encontró dentro del gran edificio, por un momento se olvidó totalmente de Eldar. Se olvidó de su madre. Se olvidó de todo.

Alzó los ojos boquiabierto al techo altísimo y a las hileras de pilares enormes, que eran como una avenida de gigantes con árboles del bosque. Un relámpago iluminó las altas ventanas del fondo, y fue como si se derramaran todos los tesoros deslumbrantes del joyero de una reina. Pero sobre todo fue la quietud y el silencio lo que hizo que a Asmir le cantara el corazón.

Por encima de los truenos de fuera, por encima del ruido de los pasos en el pavimento de piedra y la conversación de los turistas empapados, había una paz y una calma que Asmir no había sentido nunca. Ni siquiera antes de que los soldados llegaran a Sarajevo. Por un instante se dejó envolver por aquella sensación, sobrecogido por su extrañeza, deseando conservarla para siempre.

Pero entonces se acordó de Eldar. «Cuida de Eldar», le había dicho su padre.

¿Y dónde estaba Eldar?

¡Eldar!, quiso gritar. Pero el pánico le había atenazado la garganta y no le salió la voz. Empujó frenéticamente para abrirse paso entre la multitud, pero todo eran piernas apiñadas como los tallos de un campo de girasoles.

—¡Eldar! —sollozó—. Por favor, que no se me pierda Eldar. Eldar, ¿dónde estás?

Pero la gente le rodeaba por todos lados y no veía nada. Empujó y se escurrió sin saber hacia dónde iba, y de pronto se topó con una pared.

¿Dónde estaba Eldar, para dónde había ido?

—Por favor, tengo que encontrarle —musitó.

Entonces, por encima del runrún de los turistas, oyó la risa de su hermano. Corrió por el pavimento viejo y gastado. ¡Allí estaba Eldar!

Asmir dio un suspiro de alivio. Hubo otro trueno y otro relámpago, y Eldar echó a correr hacia algo que le había llamado la atención. Era un soporte con muchísimas lamparillas de cera encendidas: una de las cosas más bonitas que Asmir había visto en su vida. Y evidentemente lo mismo pensaba Eldar, que se paró allí a mirar muy divertido, riéndose él solo.

Arriba, Asmir vio la imagen pintada de una mujer; una mujer con un niño muy serio. Ella tenía los ojos oscuros, como su madre, y un gesto de pena como el de Mirsada. Como el de las madres que llevaban en brazos a sus hijos en el autobús de Sarajevo.

Entonces vio que Eldar cogía una lamparilla blanca de la caja que había al pie del soporte. Y a Asmir le dieron ganas de encenderla y ponerla entre las otras para que brillase y parpadease allí. En aquel momento era lo que más deseaba en el mundo; aparte de tener allí a Muris, a su padre.

Pero había también una caja para el dinero. Y ellos no tenían dinero. Los refugiados no tienen dinero para lamparillas y cosas así.

—Déjala donde estaba, Eldar. No podemos.

Pero Eldar no tenía intención de dejarla, así que Asmir se la quitó y la devolvió a su sitio. Eldar empezó a berrear, y Asmir intentó tirar de él. Una señora que estaba cerca sacó unas monedas de su monedero y las echó tintineando en la caja; cogió una lamparilla y se la dio a Asmir. Él alzó los ojos, y sintió no saber darle las gracias por su bondad; pero le sonrió, y Eldar también.

La señora se quedó a ver cómo Asmir encendía cuidadosamente la lamparilla con otra y la colocaba justo en el centro de una fila. Les acarició la cabeza a los dos, murmuró algo y se fue. Ellos se quedaron mirando cómo ardía la lamparilla.

Entonces se acordó de su madre. ¿Dónde estaba? Estaría pensando qué habría sido de ellos. Cogió a Eldar de la mano, y salieron al pórtico. Afuera la lluvia caída relucía en el empedrado, y la gente iba saliendo de los

portales. Asmir vio venir a su madre: calada y preocupada. Estaba buscándoles, y al verlos sonrió con alivio.

—Estaba preocupada por vosotros. Pero no os habéis mojado. ¿Dónde os habéis metido? ¿Qué habéis hecho?

—Te voy a enseñar dónde hemos estado —dijo Asmir. Y cogiéndole la bolsa de la compra la condujo por el pórtico al interior de la catedral.

Fue tan maravilloso la segunda vez como había sido la primera. Y a su madre le hizo el mismo efecto que le había hecho a él. Mirsada se quedó sin aliento, mirando con asombro. Entonces Eldar tiró de ellos hacia las lamparillas.

La suya seguía ardiendo, con una llama baja, pero viva y constante. Asmir le contó a su madre cómo se la había dado la señora amable. Entonces Mirsada alzó los ojos y vio a la otra madre triste sobre las lamparillas; y las lágrimas le corrieron por la cara.

Otra mujer de gesto amable se les acercó.

—Nuestro padre esta en Sarajevo —dijo Asmir.

—¡Sarajevo! —dijo la mujer, y por su rostro pasó una expresión tan apenada como la de la madre del cuadro. Acarició a Eldar y a Asmir, y abrazó a Mirsada. Y Asmir sintió que le escocían los ojos de ganas de llorar. ¿Habrían matado los soldados a su padre? Por favor, que no maten a Muris.

Esa noche la tía Melita vino a casa muy contenta. Había recibido en la oficina otra llamada de su enlace en Sarajevo: su amigo había visto a Muris aquel mismo día.

## 10. Refugiados otra vez

Los tres días siguientes se los pasó el tío Miroslav dando vueltas por el piso como un león enjaulado. Estaba acostumbrado a ir todas las mañanas a la oficina de la agencia de prensa, sentarse en su despacho, telefonar a la gente para pedir entrevistas, escribir artículos y redactar las noticias. Pero en Viena no podía ser periodista porque no tenía permiso de trabajo.

Salió con Asmir a explorar la ciudad. Sin Eldar y sin bolsas de la compra se podía ir mucho más lejos. Encontraron un parque donde rosas de muchos colores llenaban el aire con su aroma. A Asmir le gustaron más las rojas porque eran las favoritas de su padre.

Se sentaron en un banco, a mirar a las palomas que se pavoneaban por el sendero inflando el buche, picoteando y atusándose las plumas. Y a mirar a la gente que paseaba a sus perros: perros viejos y jóvenes, tranquilos y revoltosos, perros que andaban despacio y otros que iban oliendo todas las farolas, perros que ladraban a todos los demás. A Asmir lo que más le gustaban eran los revoltosos.

También encontraron un parque infantil que tenía un banco a la sombra de un gran castaño, y allí podía sentarse el tío Miroslav mientras Asmir trepaba o se columpiaba o bajaba por el tobogán. Y por allí pasaban los caballos con sus coches. Asmir miraba siempre a ver si eran los suyos, pero no los volvió a ver. Y pensaba cómo podría ayudar al tío Miroslav a encontrar trabajo, pero no se le ocurría nada.

Y le comentó otra cosa que le tenía preocupado:

—Cuando venga mi padre, ¿también será difícil que él encuentre trabajo?

El tío Miroslav se puso serio y tardó en contestar. Asmir se figuró que no era porque no lo supiera, sino porque no se lo quería decir.

—Probablemente, Asmir —dijo por fin—. Es difícil cuando se tiene una profesión especial. En Austria no es probable que haya mucha demanda para los servicios de un abogado de Bosnia. Lo mismo que no hay sitio para un periodista yugoslavo que no habla alemán. Es uno de los problemas que tienen los refugiados.

Por fin una noche, un viernes, la tía Melita volvió a casa con noticias. Chris y Matthias habían encontrado trabajo para Miroslav. No era el tipo de trabajo al que él estaba acostumbrado, ni nada parecido; eso no era posible encontrarlo.

Pero era trabajo, y ganaría dinero. No tanto como ganaba cuando era periodista, por supuesto. El tío Miroslav se lo pensó, pasándose la mano por la barba gris. De todos modos, estaría bien poder ganar algún dinero para sostener a la familia que tenía ahora.

El lunes se levantó a las cinco de la mañana para ir al garaje, donde empezaban a trabajar a las siete. Por la noche volvió cansado, con agujetas de estirarse y doblarse y levantar pesos, y con la cara tostada por estar al



sol. Aquello era muy diferente de trabajar en una oficina. Pero era un primer paso.

El jueves la tía Melita vino con más noticias. Milan, otro periodista de Sarajevo al que conocían ella y Chris, había enviado un mensaje. Su mujer Vesna y su hijo George, que también habían escapado de Sarajevo a Belgrado, salían de allí el viernes; esperaban poder entrar en Austria viajando en tren. Y Milan le pedía a la tía Melita que les echara una mano cuando llegasen a Viena.

Así que el sábado por la mañana la tía Melita y el tío Miroslav se fueron a la estación de ferrocarril. El tren venía cargado de refugiados: personas muy mayores, mujeres y niños. Encontraron a Vesna y George entre la multitud y les llevaron al piso. Allí se sentaron todos a tomar café, a hablar y escuchar, deseosos de comentar la vida de antes y la de ahora.

Vesna dijo:

—En Sarajevo están las cosas mucho peor. Nosotros teníamos un pequeño restaurante; nos lo bombardearon, y lo que teníamos almacenado en el sótano nos lo robaron el mismo día. Ya antes había tenido yo que cerrar la tienda de modas porque no podía conseguir más género. Pero uno de los problemas más graves es la falta de agua. Han bombardeado los conductos, y ya no llega a las casas. Aun así, mi madre se empeñó en quedarse. Yo hubiera querido que se viniera con nosotros —echó atrás su rubia melena, y miró primero a la abuela y después a Melita y Mirsada—. Ustedes tienen la suerte de estar juntas. ¡Lo que yo daría por tener aquí a mi madre! —suspiró, y Asmir se imaginó lo que sentía.

George dijo:

—En toda la ciudad sólo quedan un par de sitios donde aún se puede coger agua. Hay que ir con cubos y hacer cola. Les aseguro que con el calor que hace no tiene ninguna gracia. Yo iba por agua para la abuela y para nosotros; ahora no sé cómo se las apañará. Supongo que se la llevará papá.

Asmir miró a George. Tenía catorce años; era alto y fuerte, casi tan grande como el tío Miroslav. Y aun así le había costado trabajo acarrear el agua. Asmir pensó cómo se las arreglaría su otra abuela. ¿También Muris iría por el agua para su madre?

La abuela dijo:

—Da alegría poder hablar con alguien en nuestro idioma, aunque sea para oír sólo malas noticias. Nuestro idioma es una de las cosas que yo echo más de menos aquí. No creo que llegue a aprender alemán como para sostener una buena conversación —suspiró.

Vesna y George les enseñaron dos fotos que traían como un tesoro: eran de Milan, al que no veían desde hacía meses. Y no tenían noticias de Muris. Asmir vio su propio desencanto reflejado en la cara de su madre.

Al poco rato Vesna y George se estaban quedando dormidos a la mesa, porque toda la noche la habían pasado despiertos en el tren. Así que Melita les llevó a acostarse en la habitación de Chris y cerró la puerta. Y Asmir no dejó que Eldar tocara el piano. Luego su madre les sacó de paseo, para que también Eldar se durmiera después un rato.

Asmir pensó en George. ¿También él echaría de menos terriblemente a su padre? ¿También él tendría pesadillas? Le hacía mucha ilusión que cuando George se despertara jugase con Eldar y con él, y así fue.

El domingo la tía Melita y el tío Miroslav llevaron a toda la familia a un parque grande que se llamaba el Prater, y George empujó los columpios y se subió él también. Aunque era tan mayor y cuidaba de su madre, le apetecía de verdad volver a hacer cosas de niño. Se montó en el balancín con Asmir y Eldar y les siguió por el tobogán. Era como tener un hermano mayor.

Entonces llegó la última semana que iban a pasar en el piso de Chris. Mamá, la abuela y Vesna se dedicaron a limpiarlo y frotarlo todo, de modo que no quedase ni una huella de pisada ni una marca de dedos ni una mota de polvo. Hasta lavaron las hojas a las plantas.

El tío Miroslav tenía ya tanta práctica de sacar brillo a los coches que, con la ayuda de la tía Melita, decidió hacer un extra muy especial: limpiar los cristales de todas las ventanas.

Eran ventanas grandes con cristales dobles. El tío Miroslav se subía al antepecho, los sacaba del quicio y los llevaba uno por uno al cuarto de baño, donde la tía Melita los lavaba bajo la ducha. Asmir colaboraba con ella, acercándole trapos secos y ayudándola a frotar el cristal para secarlo y dejarlo brillante. Y pensaba en Muris y en Milan, llevando el agua a casa en cubos por las peligrosas calles de Sarajevo.

Y recordó que él había ayudado a recubrir las ventanas con tiras de cinta adhesiva para reducir el peligro de que los cristales saltaran en pedazos. ¿Seguirían estando enteras las ventanas? ¿Seguiría existiendo la casa?

—¿Cuándo acabará la guerra? —preguntó a la tía Melita—. ¿Cuándo podremos volver a casa?

—Qué más quisiera yo que saberlo, Asmir —le respondió su tía.

—¿Cuándo vendrá papá?

Melita le pasó la mano por el pelo.

—No lo sé —dijo. Y por un instante su cara se oscureció, y pareció casi tan vieja como la abuela.

Asmir sintió que la llamita de esperanza que había dentro de él vacilaba y casi se apagaba. Si la tía Melita no lo sabía... Entonces oyó el son de la campana grande por la ventana abierta y su corazón se tranquilizó.

Necesitaron tres tardes para limpiar todas las ventanas. Y cuando acabaron no quedaba ni una caca de paloma ni un churrete de lluvia ni una mota de polvo. Asmir se sintió orgulloso.

El sábado por la mañana todos hicieron otra vez las maletas. A Asmir le daba pena dejar aquellas habitaciones grandes y espaciosas y las arañas que relucían por las noches como nubes de luciérnagas. Echaría de menos a los cisnes, los canguros y los koalas. Y a la señora de la mirada vigilante. Y sobre todo echaría de menos el son de la campana de *Steffl*. La idea de conocer otro sitio que después habría que abandonar también le daba una sensación de vacío por dentro.

Amontonaron el equipaje junto a la puerta y volvieron a echar una ojeada a la casa. Quedaba todo limpio y reluciente para cuando llegara Chris con sus padres. Las únicas huellas que dejaban de su paso estaban sobre la mesa del comedor: una botella de vino, una planta nueva con una flor de color rojo rabioso y un dibujo que había hecho Asmir y en el que había escrito con letras grandes: GRACIAS.

## 11. Un paseo inolvidable

Era hora de irse al apartamento de Matthias. Con la ayuda de George no se tardó mucho en sacar el equipaje a la calle.

El tío Miroslav y la tía Melita decidieron que no había ni que intentar siquiera meterse todos en el coche con todas las cosas para hacer un solo viaje, así que se fueron primero ellos con la abuela y una parte del equipaje. Matthias iba en su coche por delante para mostrarles el camino, con Vesna y George y más maletas.

Asmir preguntó a su madre si podían ir a la plaza de San Esteban para ver los caballos por última vez. Desde la casa de Matthias no podrían venir andando, porque estaba demasiado lejos.

Al llegar a la plaza, Asmir vio que sus caballos favoritos estaban los primeros en la fila. Arrastró a Mirsada y Eldar a mirarlos. Eran tan maravillosos como los recordaba: como si hubieran salido de un libro de estampas.

Según estaban mirando cómo el cochero sacaba brillo a los asientos, se acercó a hablar con él una señora que tenía un pelo muy bonito y una sonrisa muy simpática. Estaba contratando el coche para dar un paseo. Se subió, y a Asmir le dieron muchísimas ganas de subir tras ella y sentarse a su lado.

Entonces la señora se fijó en Asmir y Eldar y su madre, y sonriendo les hizo señas para que se acercaran.

—¿Quieren acompañarme? —preguntó—. No es muy divertido ir sola. Lo pasaría mejor con ustedes.

Asmir se dio cuenta de que les estaba invitando, y supo que hablaba inglés porque su madre respondió. Mirsada todavía no hablaba alemán, pero inglés sí hablaba ahora un poco. Casi no había acabado Mirsada de aceptar la invitación cuando ya Asmir se había encaramado al coche y estaba sentado al lado de la señora simpática.

«Gracias —dijo en inglés—. Yo me llamo Asmir. Tengo siete años. Mi hermano se llama Eldar. Tiene año y medio —y añadió otra frase nueva—: Nuestro padre, Muris, está en Sarajevo.» El cochero sacudió las riendas. Los caballos dieron un respingo y las manchas negras de susedosas grupas se movieron. Eldar se puso a dar chillidos de contento, y hasta los ojos de su madre dejaron de estar tristes. Asmir saludaba a la gente que pasaba, y la señora les hacía fotos. Asmir iba feliz, feliz, feliz; deseando que el paseo no se acabara nunca.

Pero sí se acabó. Y entonces la señora se sacó del bolso dos pequeñas insignias y se las prendió en las camisetas: la de Eldar era un koala, y la de Asmir un canguro. Les acarició la cabeza a los dos y estrechó entre las suyas las manos de mamá.

—Dios les bendiga —dijo, y le dio a Mirsada una tarjetita impresa—. Esa es mi dirección en Australia, por si alguna vez se animan a venir. Muchas personas de su país se han instalado allí. Se vive tranquilo, y sería un buen sitio para criar a los chicos.

Asmir volvió a darle las gracias, y todos le dijeron adiós con la mano. A Asmir le dio pena que se marchara, y más todavía cuando su madre le explicó lo que había dicho. A él le encantaría ir a Australia a ver canguros y coger en brazos un koala. ¡Pero estaba tan lejos! ¿Cómo les encontraría Muris allí?

## 12. *Was ist das?*

Cuando volvieron al piso, Matthias estaba esperándoles. Mirsada le dio las llaves para que se las devolviera a Chris, y él les ayudó a entrar en su coche. Otra vez en marcha: al tercer sitio desde aquella mañana de pesadilla en que salieron de casa, hacía tres meses. Asmir ahuyentó los recuerdos de Sarajevo. Menos el de Muris. ¿Seguiría en su casa o se habría ido a vivir con su madre para cuidar de ella?

La mujer de Matthias se había ido con sus hijas a visitar a los abuelos, y Matthias se había instalado en casa de una hermana para poderles dejar el piso. No era tan grande como el piso de Chris, pero era más acogedor, con alfombras y cortinas largas de terciopelo y butacas cómodas. Había también

sitio para Vesna y George. Y había montones de juguetes. Asmir se alegró de que Matthias tuviera sólo niñas, porque así no había pistolas.

Había también un televisor, y esa noche, cuando Mirsada dijo: «Es hora de irse a la cama», Asmir no quiso acostarse hasta después de ver el último noticiario. Lo había echado mucho de menos en aquellas tres semanas; todos lo habían echado de menos. A lo mejor veían a Muris. Salieron imágenes de cohetes que explotaban, incendiando los edificios. Y más imágenes de más refugiados en trenes y en campamentos.

Al verlos amontonados en tiendas de campaña pasando calor, Asmir sintió un gran agradecimiento hacia Chris y Matthias. Una vez, en vacaciones, Muris les había llevado a hacer camping; pero estas tiendas y estos campamentos eran muy distintos.

—¿Dónde iremos cuando nos tengamos que marchar de aquí? —preguntó.

Nadie le respondió.

—¿Iremos a un campamento como esos?

La tía Melita le abrazó.

—No. No tendremos que ir a un campo de refugiados.

Asmir dijo:

—¿Iremos a Australia?

—¿A Australia? Eso está muy lejos —dijo la tía Melita—. No te preocupes. Encontraremos algo aquí mismo, en Austria. En Viena.

—¿Donde Muris nos pueda encontrar?

—Naturalmente —dijo la tía Melita.

Asmir miró a su madre y vio que también ella hacía esfuerzos para creérselo.

Se acostó en la cama de la hija mayor de Matthias. Haría también un dibujo para dar las gracias a la familia de Matthias.

En la cuna, a un metro de él, Eldar dormía ya como un tronco. Asmir casi tuvo envidia de su hermanito. Para él todo estaba bien. No veía la televisión por las noches y no veía las imágenes ni oía los sonidos que traían recuerdos y removían miedos que Asmir no quería nunca poner en palabras. Eldar creía tener tres madres y un papá tíoMiroslav además de un papá foto-Muris.



Todavía pensaba que todo el mundo era amigo suyo. Así no era extraño que estuviera siempre sonriente y feliz.

Asmir se estiró y se enroscó. Era la primera vez que dormía en una cama para él solo desde que salieron de Sarajevo. Estaba bien poder estirarse y enroscarse, con sitio y sin preocuparse de si se molestaba a alguien. Pero de pronto le pareció también triste. Muy triste. Se hizo un ovillo, recordando la última noche que había dormido en los brazos de su padre, en Sarajevo.

—¡Papá! —sollozó. Y las lágrimas que durante tanto tiempo había contenido salieron todas de golpe, a borbotones; como salía el agua de una tubería bombardeada en Sarajevo, que aquella noche habían visto en la televisión.

A la noche siguiente Chris les invitó a su casa, para que conocieran a sus padres. Fue divertido volver al piso. Asmir y Eldar se sentían como en casa en la gran sala con las luces de luciérnaga y el piano y la mecedora.

Asmir volvió a mirar todos los cuadros, y sabía que la señora de ojos oscuros les estaba vigilando mientras, sentados a la mesa, tomaban la cena que habían cocinado Chris y su madre. Con velas en la mesa y un gran frutero lleno de cerezas, era como una fiesta.

George estuvo todo el rato hablando en inglés con Chris y sus padres, y se lo traducía todo a Vesna, su madre. Asmir lamentó no saber más inglés para poder hablar también. Tendría que darse prisa en aprender.

El lunes fue un día de mucho quehacer. George se fue a trabajar limpiando coches con el tío Miroslav, como Chris lo había organizado. Asmir salió con su madre a conocer las tiendas, mientras la abuela se quedaba cuidando de Eldar. Y la tía Melita y Vesna fueron con Matthias a poner en regla sus papeles, porque él era ciudadano austríaco y conocía las leyes.

Asmir había oído hablar de eso a los mayores. No lo entendía muy bien, pero sabía que era una cosa muy importante y que les preocupaba a todos.

Volvieron a casa contentos. Traían un puñado de tarjetas con sellos oficiales y firmas.

—Son muy valiosas. Ya nos dejan estar aquí. El gobierno austríaco nos ha dado los permisos porque Matthias nos avala. Es un gran gesto por su parte declarar que él responde por nosotros.

—Así que ahora somos refugiados de verdad —dijo Asmir.

—Sí —dijo la tía Melita—. Pero tenemos más suerte que la mayoría.

En la televisión vieron pocos días después la suerte que tenían. Los estados independientes de Eslovenia y Croacia cerraron sus fronteras, y trenes enteros de refugiados se quedaron detenidos a mitad de camino: ni podían bajarse ni volver atrás, ni seguir adelante ni ir a su casa.

Durante dos días no se permitió circular a los trenes, y los refugiados tuvieron que estar dentro, hacinados en medio del calor, sin comida ni agua. Asmir casi no soportaba mirar. Pero tampoco soportaba no mirar. Y a Mirsada le ocurría lo mismo. ¿Y si Muris fuera en uno de aquellos trenes?

Hasta que por fin pudieron reanudar la marcha y cruzaron la frontera de Austria, que seguía dando asilo. Entonces se vio a austríacos que esperaban el paso de los trenes en las estaciones para dar alimentos y bebidas, ropa y flores, por las ventanillas. Asmir sintió el escozor de las lágrimas en los ojos y un nudo caliente que le apretaba la garganta.

Abrazó al tío Miroslav.

—Tío, gracias por ser tan valiente —le dijo.

Y abrazó a la tía Melita.

—Tía, gracias por cuidar de nosotros.

Pero esa noche volvió a tener malos sueños; y en los sueños no estaban el tío Miroslav y la tía Melita para ayudar.

A la semana siguiente su madre, la tía Melita y el tío Miroslav empezaban a ir a clase de alemán por las tardes.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Asmir.

—Esto es para los mayores —dijo la tía Melita—. Tú aprenderás cuando vayas al colegio.

—¿No puedo empezar con vosotros? —suplicó Asmir a su madre.

—Bueno, te llevaremos esta vez —dijo Mirsada—. Pero a ver qué dice la profesora.

A Asmir, le cayó bien la profesora; era alegre y simpática. Y era muy bonito aprender los nombres de las cosas que usabas y veías todos los días, y descubrir cosas que no sabías antes.

—*Was ist das?* —aprendió a decir. Y le gustó—. «¿Qué es esto?»

Al final de la clase, la profesora le dijo a Mirsada que su hijo podía asistir siempre que quisiera. Asmir no cabía en sí de contento.

—*Was ist das?* —fue diciendo por todo el camino hasta casa.

Al día siguiente les contó a Eldar y a la abuela cómo se decía mesa y silla, taza y cuchara, cuchillo y tenedor, leche y café, pan y queso. Cuando salía a hacer la compra con su madre iba mirando todos los carteles, y veía algunas palabras que ya había aprendido.

En la oficina de Chris pidieron a Vesna que les ayudara a hacer la limpieza. En Sarajevo, Vesna había tenido quien le limpiara la casa; ahora se recogía su elegante melena, se ponía la ropa más sencilla que tenía y se iba a fregar los suelos de otra gente. Los padres de Matthias les pidieron a ella y al tío Miroslav que les ayudaran a hacer la mudanza de su casa. Asmir habría querido que también a él le saliera algún trabajo para poder ganar dinero.

—Tú ya estás ayudando —le dijo la tía Melita—. Ayudas a llevar la compra a casa todos los días. Enseñas alemán a la abuela y a Eldar.

Y empezó a darle una paga semanal para que se la gastara en lo que quisiera.

La primera semana Asmir se compró un lego nuevo y le dio mucho gusto. Pero a la otra semana, cuando la tía Melita le preguntó qué pensaba comprarse, él dijo:

—Lo voy a guardar para papá. Él también necesitará dinero cuando venga.

Su madre le dio un abrazo, y la tía Melita, otro. Pero la tía Melita estaba un poco rara; durante todo el fin de semana fue como si estuviera esperando que sonara el teléfono, y el teléfono no sonó. ¿Esperaría otra llamada de Sarajevo?

El domingo por la noche Asmir se sentó junto al televisor y fue cambiando de un canal a otro, en busca de noticias de Sarajevo. Era todo igual: más cohetes, más granadas, más bombas, más tanques, más francotiradores. Escenas en los hospitales, gente haciendo cola en la calle para coger agua. Más muertos, más refugiados. Pero a Muris no se le veía por ninguna parte.

—A la cama —dijo su madre. La cara de Mirsada estaba pálida y contraída, con unos tiznones en las orejas que parecían manchas de tinta. Pero Asmir no quería irse a la cama. Tenía la sensación de que algo iba a pasar. La tía Melita seguía como esperando oír algo, oír a alguien. ¿Sería que venía Muris?

Entonces llamaron a la puerta.

## 13. La huida de Milán

—¿Quién puede ser a estas horas? —dijo la abuela con gesto de preocupación.

La tía Melita fue a abrir. Eran Chris y Matthias.

—Les traemos una visita —dijo Chris.

Tras ellos entraron un hombre y una señora mayor. Asmir vio que él era Milan, el padre de George: le reconoció por las fotos. Vesna corrió hacia su marido, y George se abrazó a su abuela. Vesna se echó a llorar, lo mismo que George; y Asmir también, de puro contento de ver que George había recuperado a su padre. Contento, además, de que George ya no estuviera

solo para cuidar de su madre. La pena era que Chris no trajera también a Muris..., y Asmir sintió una desilusión muy honda.

Hubo abrazos para todos. El padre de George levantó en alto a Asmir y le dio un abrazo especial. La abuela de George también le abrazó. Y Vesna y Chris se abrazaron; y George y Matthias.

Asmir abrazó a su madre, y ella le sujetó fuerte. Mirsada estaba sonriente, viendo tan felices a todos los demás. Pero Asmir sabía que por dentro sentía una nostalgia de Muris como no se habría podido poner en palabras; lo sabía porque él la sentía igual.

Rieron, charlaron, comieron y bebieron, y escucharon como si la estuvieran viviendo la historia que contó Milan de cómo había huido de Sarajevo y Bosnia atravesando Croacia y remontando la costa en barco.

—¿Cómo lo has hecho? —quiso saber el tío Miroslav.

Milan se lo contó.

—Salí de Sarajevo el viernes por la mañana, en un autobús que llegaba casi hasta Croacia. Me bajé antes de la última parada y fui andando hasta el pueblo que estaba ya cerca de la frontera. Un hombre al que encontré en un bar me dijo que él me podía conducir hasta un sitio donde podría cruzar la frontera atravesando el bosque; pero que había que esperar a que se hiciera de noche.

Asmir se estremeció y cogió a su madre de la mano. George no podía apartar los ojos de su padre. Asmir vio que le miraba como a un héroe, y sintió celos de él, aunque no quería; pensó que a él le pasaría lo mismo si hubiera sido Muris.

Milan siguió contando.

—El hombre quiso que le pagase ya, y la verdad es que al darle el dinero y el equipaje yo tenía mis dudas de que cumpliera su palabra. Pero tenía que fiarme: no había otra alternativa. Así que salí del pueblo a toda velocidad y me escondí donde empezaba el bosque. El día se hizo muy largo. Hacía mucho calor. Me tendí a la sombra a esperar, pensando. Pensaba en ti, Vesna; y en ti, George.

Asmir se imaginó cómo pensaría Muris en Mirsada —su Dada querida—, y en su Eldar y su Asmir. Y apretó la mano de su madre.

Milan continuó.

—Y pensaba en ti, madre —dijo con una sonrisa. Ella estaba sentada en el sofá de Matthias, todavía aturdida por todo el miedo que había pasado en el viaje—. Iba con la esperanza de recogerla en Split —explicó Milán a los demás—. No sabía si aún funcionaría el *ferry* que remontaba la costa de Split a Rijeka. Lo que más me preocupaba era que no pudiéramos embarcar. Me había comunicado con Chris a través de un contacto en Rijeka, y él había prometido bajar en coche de Austria a Croacia para recogernos.

Asmir miró a Chris. Era alto y moreno también, como su padre. ¿Iría Chris hasta Croacia a buscar a su padre?

Milan siguió contando.

—Me preocupaba que Chris no pudiera llegar hasta Rijeka. ¿Y si estaba cerrada la frontera?

Y aunque a Chris le dejaran pasar, ¿nos dejarían salir a nosotros? Y aunque pudiéramos salir, ¿nos dejarían entrar en Austria?

Todos se miraron unos a otros: sabían lo que se sentía entonces. Asmir vio que la tía Melita le lanzaba al tío Miroslav una mirada especial; como a veces se miraban Muris y Dada, sobre todo cuando creían que no les veía nadie.

Milan bebió un trago de café, como si tuviera que hacer un esfuerzo para decir lo siguiente.

—Debí palparme cien veces el bolsillo donde llevaba el pasaporte, los papeles y el dinero. Y por dentro sentía dolor por todas las cosas conocidas y queridas, cada vez que pensaba que seguramente no las volvería a ver.

Hubo un silencio. Asmir vio que por las mejillas de su abuela corrían un par de lágrimas, y se apretó contra ella.

Milan continuó.

—Contemplé cómo el sol ardiente iba cruzando el cielo, y las sombras salían de los árboles y se tendían sobre el campo. ¡Qué bien olía el heno después del olor apestoso de la guerra!

Asmir volvió a sentir en la nariz el olor de Sarajevo quemándose. Volvió a ver la nube de humo gris y a oír el bombardeo de los morteros. Muris seguía respirando aquel olor de día y de noche, y oyendo aquel estruendo.

—Y escuché a las alondras, que eran como puntitos en el cielo azul.

Muris no estaría viendo alondras, ni oyéndolas.

—Me bebí a sorbitos el agua para poder tragar una rebanada de pan. Oí a los grillos y la llamada de un búho. Un par de murciélagos volaron rápidos sobre mi cabeza, y empezaron a salir las estrellas.

Milan hizo otra pausa.

—Hasta que por fin oí pasos. Una figura oscura venía bordeando los campos; se acercaba, y sus pisadas hacían crujir las ramas secas.

Asmir notó que se le ponía la carne de gallina.

—Me levanté sin hacer ruido —dijo Milan—. Oí que me llamaban en voz baja. Era mi hombre. Le seguí.

Asmir miró a George. George miraba fijamente a su padre, con los puños cerrados.

—Sentía el roce de las ramas en los brazos y las telas de araña en la cara. Caminamos mucho rato en la oscuridad. Por fin el hombre se detuvo: habíamos salido a un sendero que apenas se distinguía. Me indicó la dirección que debía tomar, me estrechó la mano y me deseó suerte. Y desapareció. Yo seguí los árboles hasta que empezaron a espaciarse, y entonces me acurruqué al pie de un tronco y me dormí. Cuando desperté, el cielo empezaba a teñirse de rosa.

Asmir pensó en la suave luz de la lámpara con pantalla de seda rosa que había en su casa de Sarajevo.

—Vi el camino que llevaba al pueblo donde el hombre tenía que recogerme en su coche con el equipaje. Me pregunté si estaría allí.

Todos le escuchaban sin respirar.

—Tenía que creer que estaría. Seguro que estaba.

Asmir le comprendió.

Milan sonrió por primera vez desde el comienzo de su relato.

—Y estaba. Nos tomamos un café con pan, y me llevó con el equipaje al autobús que iba a Split. Ahora Split y su hermoso puerto, una ciudad antigua tan bonita, también está todo destrozado por la guerra —Milan meneó la cabeza con tristeza—. La guerra no respeta nada.

Y Asmir volvió a recordar las palabras de su padre: «La guerra nunca tiene sentido». Milan continuó.

—Allí encontré a mi amigo, y juntos fuimos a la casa donde ha vivido mi madre varios meses. ¡Qué alegría cuando la vi! —dijo, acariciándole una



mano—. Fuimos corriendo al muelle. Aún circulaban los ferries de la costa, pero estaban llenos de gente que quería escapar.

Asmir se acordó de cómo habían tenido que correr ellos para tomar el autobús en Sarajevo, y cómo toda la gente quería subir. Y sintió otra vez el ahogo de todo el miedo que había pasado entonces.

—Hicimos cola mucho rato, con la esperanza de poder embarcar. Por fin llegamos a la taquilla y saqué los maravillosos pasajes —hizo una pausa, y su rostro se serenó recordando el alivio de aquel momento—. Luego vinieron los empujones y los codazos y los sudores para escalar la pasarela con el equipaje. Yo encontré un rincón para mamá y amontoné nuestras cosas alrededor. Por todos lados había maletas y bultos, y gente tendida en cubierta. Esa fue otra noche al sereno, y bastante mala. Yo no pude dormir, temiendo que en una de las fronteras nos mandaran para atrás. Y, por supuesto, sin saber si Chris habría podido llegar.

En el rostro de Milan volvieron a asomar la angustia y la incertidumbre. El tío Miroslav se retorció la barba gris. Asmir recordó qué blancos se le veían los nudillos sobre el volante, durante el largo viaje.

—Amaneció con un cielo que prometía más calor. Por fin el barco atracó, y yo empecé a tener más ánimos —dijo Milan—. Tardaron mucho en desembarcar. Todo el mundo estaba impaciente. Pero por fin nos vimos en el muelle. Nueva lucha con el equipaje hasta llegar al café donde yo había quedado con Chris, preguntándome a cada paso si estaría. Pero sí estaba.

Todos los presentes en el cuarto de estar de Matthias se pusieron a aplaudir. Asmir miró a Chris, que sonreía. Asmir sintió ganas de llorar. Pero no debía llorar, porque era un momento feliz para Milan y su familia.

Milan estaba radiante.

—Fue como un milagro. Chris me estrechaba la mano, Matthias ayudaba a mamá. Cargaron con el equipaje por todo el aparcamiento hasta un coche grande, estupendo —Milan tragó saliva, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Chris había llevado el modelo más grande y mejor de su marca para recogernos, para ponernos a salvo —se inclinó y estrechó la mano de Chris—. Gracias, amigo. Gracias.

## 14. El rescate de Chris

Entonces siguió Chris con la historia:

—Llevé el coche grande para impresionar a los guardias fronterizos. Y puse arriba la tabla de *windsurf* para que pareciera que íbamos de vacaciones —y sonrió de oreja a oreja.

A Asmir le gustó ese gesto de Chris. Era como cuando su padre hablaba en broma.

—Pero ni siquiera en un coche tan grande era fácil que entráramos todos con las maletas. Me acordé de los sudores que pasaba mi padre para colocar todos los bultos cuando nos íbamos de vacaciones en Australia.

Asmir sonrió con gratitud al tío Miroslav: ¡cuánto había trabajado para encajar el equipaje de ellos en su cochecito, y ni se le ocurrió decir que hubiera que dejar la mochila de los juguetes! Y recordó que Muris había ayudado a otros a meter sus cosas como fuera en aquel autobús de Sarajevo. Chris continuó.

—Matthias y yo salimos de Austria antes del amanecer, sin detenernos ni para desayunar. Tardamos toda la mañana en cruzar Eslovenia hasta Croacia y llegar a Rijeka. Pero no sabíamos si Milan y su madre vendrían en el *ferry*. Después de recogerles yo propuse que comiéramos por el camino, pero ellos no quisieron parar. Su madre estaba destemplada por las emociones, y venía con un chal y una manta por encima, sin decir nada. Y Milan también venía callado, cansado y tenso en su rincón.

Asmir recordó qué frío había sentido de pronto en aquel avión. Cómo, incluso rodeado por los brazos de su madre y con Eldar entre las rodillas, seguía teniendo frío, frío en todo su cuerpo. Frío de saber que se iban, que dejaban todo lo que había conocido hasta entonces. Y volvió a recorrerle la misma sensación heladora, poniéndole la carne de gallina; y en la cabeza, como dentro de un marco, se le congeló la última imagen de Muris, cuando le agarraron los soldados. Tiritó, y se apretó contra su madre mientras Chris seguía contando.

—Hacía calor, y el coche era un horno. Pero si poníamos el aire acondicionado, Milan y su madre empezaban a tiritar. Así que seguimos adelante, hambrientos, sedientos y sudando a mares.

Asmir recordó el largo y caluroso viaje en coche por Hungría, que le había parecido interminable.

Chris dijo:

—Matthias y yo llevábamos pensado el plan para los pasos fronterizos. El coche lleva matrícula austriaca, de Viena. Matthias tiene pasaporte austríaco con domicilio en Viena, así que decidimos que al cruzar las fronteras conduciría él. Daríamos los pasaportes poniendo primero el suyo, debajo el mío y luego el de Milan; y el de su madre el último, porque estaba caducado.

Todos callaban, recordando la tensión de los controles fronterizos. Asmir se fijó en que el tío Miroslav cerraba los puños, y los ojos de la tía

Melita se empañaban detrás de las gafas. La abuela contenía la respiración. Su madre le apretaba tanto la mano que le hacía daño.

—Ya cerca de la frontera de Eslovenia, Matthias se puso al volante. En el coche reinaba un silencio que pesaba como el plomo. ¡Menos mal que el motor era de los que pueden con todo!

Ahora Chris lo tomaba a broma, pero Asmir recordaba aquel silencio: como una losa que pesaba sobre el pecho de tal manera que no se podía casi ni respirar, y mucho menos hablar, ni siquiera en voz baja.

Chris continuó.

—Pasamos el lado croata sin que nos hicieran parar. En el control esloveno el guardia miró primero la matrícula de Austria y luego la tabla de *windsurf*, y nos indicó que siguiéramos. Matthias y yo nos sonreímos, pero en el asiento de atrás aún no sonreía nadie.

Asmir miró a Milan. Tenía un gesto tenso, dolorido; estaba blanco como el papel. Su madre se tapaba la cara con el chal. Chris prosiguió:

—Cambiamos de asiento otra vez y seguimos adelante, cansados, hambrientos, chupando caramelos de menta. Puse la radio para que Milan oyera las noticias, y sentimos un gran alivio cuando nos dijo que no habían dicho nada de que hubiera fronteras cerradas. Pero sabíamos que eso no nos garantizaba la salida: podían cerrarlas sin avisar.

Yo miraba a nuestros pasajeros por el espejo retrovisor, y cada vez los veía más tensos, más paralizados con cada kilómetro que hacíamos.

George y Vesna miraban fijamente a Milan. Chris dijo:

—Yo pensaba en las familias de Viena. No hacía más que darle vueltas a la cabeza. Lo peor sería para Melita, porque era la única que estaba en el secreto de nuestro plan de rescate. A Vesna y George habría sido cruel darles esperanzas, si luego salía mal.

«Chris es bondadoso —pensó Asmir—. Bondadoso como Muris y Miroslav.» Miró a su tío, que miraba a la tía Melita. Ella le sonrió y le apretó la mano. Asmir tragó saliva y apretó la mano de Dada.

Chris estaba diciendo:

—Llegó el momento de volver a cambiar nuestros puestos. Entre el calor y el miedo, era horroroso. Y tener que frenar, qué espanto. Yo hubiera

querido que Matthias pisase el acelerador y se saltara los dos controles; pero, por supuesto, no lo hizo.

Chris sonrió. Asmir conocía aquel deseo. —Llegamos a la barrera de Eslovenia sin atrevemos a respirar.

Todos sus oyentes contuvieron la respiración.

—Por segunda vez la matrícula de Austria y la tabla de *windsurf* hicieron que nos dieran paso sin mirar siquiera los pasaportes.

Chris rió otra vez, pero en seguida volvió a ponerse serio.

—Pero en el control austríaco ya fue otra cosa. Allí nos mandaron parar. El guardia casi ni miró el pasaporte de Matthias, y el mío lo hojeó sin más. Pero al llegar al de Milan se asomó a mirar dentro del coche. Matthias y yo ya llevábamos pensado lo que había que decir si surgía algún problema, y cómo intentaríamos convencerles de que dejaran entrar en Austria a Milan y su madre. Matthias es muy bueno discutiendo.

Y Chris lanzó una sonrisa a su amigo y colaborador.

—Pero no hizo falta. El guardia miró el último pasaporte, que estaba caducado hacia doce años. Miró a la madre de Milan, acurrucada con un montón de bultos en el regazo. Dijo: «Bienvenidos», y nos devolvió los pasaportes. Y así fue como entramos en Austria.

Todos suspiraron de alivio. Asmir vio que los hombros del tío Miroslav se relajaban.

—Yo me volví y le di la mano a Milan. Fue un momento que nunca olvidaré —dijo Chris con dulzura—. Milan tenía lágrimas en los ojos, y su madre sollozaba sobre el chal. Ni siquiera entonces quisieron parar. Estábamos ya a cien kilómetros de la frontera cuando por fin se dejaron convencer.

Asmir tragó saliva. Sentía como si tuviera una naranja atravesada en la garganta. «Muris», sollozó; pero no le salió la voz.

Chris dijo:

—Encontramos un restaurante al aire libre a la orilla de un lago, con mesas bajo toldos amarillos y macetas con geranios rojos, el sitio ideal para celebrarlo. La madre de Milan se quedó pasmada delante de la carta: después de los racionamientos de la guerra, tantas páginas de cosas para elegir en un idioma extranjero era demasiado. Así que yo pedí la ración más

grande de queso con jamón, salchichas y huevos duros, mientras nos traían una comida típica de Austria: filetes empanados con patatas fritas y ensalada.

A Asmir le pareció estar saboreando el filete empanado con su dorado rebozo, y las patatas crujientes por fuera y tiernas por dentro.

Chris seguía contando.

—Nunca se me olvidará lo que dijo Milan cuando cogió el tercer huevo: «En Sarajevo un huevo cuesta diez veces lo que una bala. Y por cada huevo hay cien balas».

Asmir pensó en su padre entre las balas. ¿Cuánto tiempo llevaría sin comer un huevo? ¿Y cuándo podría escapar? Miró a su madre y vio lo que estaba pensando. Y preguntó a la tía Melita:

—¿Chris irá hasta Rijeka a buscar a papá cuando venga con su madre?

—Pues claro —dijo Chris, sentándole en sus rodillas. Chris olía débilmente a la loción de afeitado, aunque alrededor de la barbilla tenía ya la sombra de la barba del día siguiente. Cuando se inclinó sobre él, Asmir notó que su mejilla pinchaba un poco.

Asmir bostezó, y volvió a bostezar. Se le cerraban los ojos, aunque todavía tenía otra pregunta: «¿Podré ir yo también», quería preguntar. Pero no le dio tiempo de decirlo, porque se quedó dormido.

Chris le llevó a la cama y le acostó. Y Asmir soñó con su padre, que venía; que entraba por la puerta.

Luego el sueño cambió, y se convirtió en pesadilla. Soldados con pistolas, que agarraban a Muris y se lo llevaban. Muris detrás de una alambrada, triste y pálido y con mala cara. Y sepulturas: hoyos y montones de tierra en lo que antes era la hierba verde donde él jugaba con sus amigos; y llamas que no era posible apagar, ni huir de ellas: llamas voraces, terribles, que consumían todo lo conocido, todo, todo, todo.

Se despertó en los brazos de su madre, sudoroso y temblando. Ella le acunó y le arrulló, moviéndole como si fuera Eldar. El afortunado Eldar, que no tenía millares de recuerdos. Recuerdos horribles, agobiantes, que no quieres tener. Recuerdos que intentas sofocar y borrar. Recuerdos que a Asmir se le filtraban a través de lo que estuviera pensando. Que de día se colaban por las rendijas de su coraje y de noche invadían su sueño como una

inundación. Miedos, y sentimientos sin palabras. Llantos y terrores que no podía explicar.

—¿Tú también sueñas cosas malas? —susurró a su madre.

Y ella asintió, y su pelo suave le rozó la mejilla. Y compartieron la pena unidos en un silencio largo, que les envolvía como una manta.

Por fin habló ella.

—Pero acuérdate siempre, Asmir, de que pase lo que pase... —la voz se le quebró, y Asmir tiritó y se apretó todavía más contra su dulce calor. Ella empezó otra vez—: Pase lo que pase —dijo con fuerza—, Muris vive siempre en nuestro corazón.

De pronto pareció como si la lamparita de esperanza no fuera nunca a chisporrotear y apagarse. Y Asmir ya no sintió envidia de Eldar. Eldar tenía algunos recuerdos de Muris, pero él, Asmir, tenía muchos más. Recuerdos buenos, felices, de cosas grandes, que compartiría con su hermanito.

## 15. Un regalo de parte de Muris

Asmir estaba orgulloso de su madre, de lo valiente y fuerte que era. No decía nunca cuánto echaba de menos a Muris, pero Asmir sabía que su corazón estaba muy dolorido. Mirsada se había hecho cargo del cuidado de la casa; ahora eran diez personas, y siempre tenía que estar limpiando y lavando, guisando y yendo a la compra. Pero cada vez que tenía un minuto libre lo dedicaba a estudiar alemán.

—Tengo que aprender el alemán cuanto antes —había dicho—. Quiero poderlo leer y escribir bien, además de hablarlo, para poder encontrar trabajo. Y para enseñarle a Muris cuando venga.



Veía con mucho interés los anuncios de la televisión, y miraba todos los folletos y los periódicos gratuitos que les metían en el buzón. Cada día hacía la lista de la compra en alemán, y trataba de leer todos los letreros del supermercado, y las etiquetas de los paquetes, de las latas y de las botellas.

También a Asmir le divertía leerlos, y se sentaba a la mesa con ella y la ayudaba a hacer los deberes para la clase de alemán, o dibujaba. Le gustaba hacer dibujos con las palabras que iban aprendiendo.

Mirsada iba mucho más deprisa que la tía Melita y el tío Miroslav, que a menudo se quedaban dormidos en clase; porque en el aula hacía mucho calor, y los dos estaban en pie desde las cinco de la mañana, trabajando todo el día. Cuando era día de clase, Asmir se echaba la siesta con Eldar por la tarde, para que nadie dijera que no podía ir porque debía estar en casa durmiendo.

Las otras tardes Asmir y su madre salían mientras la abuela y Eldar se echaban la siesta. Iban a un museo o a una exposición, si era día de entrada gratis; o iban al Palacio Imperial a mirar las estatuas, los caballos y las carrozas, las fuentes y las palomas. O daban un paseo por las calles donde estaban las tiendas más elegantes: Kaerntunerstrasse, Kohlmarkt y Graben, viendo los escaparates.

—Mirar no cuesta dinero —decía su madre.

Sus tiendas preferidas eran las bombonerías. Allí se paraban delante del escaparate, y contemplaban todas las cosas maravillosas: coches, cigarros, pelotas, botellas, hasta corbatas de listas marrones sobre pecheras de camisa blancas, todo hecho de chocolate. Abanicos, corazones, rosas. Y unas cajas preciosas, con escenas pintadas en la tapa, y con seda y encajes y cintas brillantes en rojo y azul cobalto, en oro y plata.

—Es un festín para la vista —decía su madre sonriente. Pero siempre se le escapaba un pequeño suspiro.

Entonces a Asmir se le ocurrió una idea que guardó en secreto. No se lo dijo ni a la tía Melita. Pero habló con la profesora de alemán y le pidió ayuda.

Un día contó todo el dinero que tenía ahorrado. Daba para una caja entera de legos. Se lo metió con cuidado en el bolsillo, sin decir nada a

nadie. Y cuando salieron de exploración, llevó a su madre hacia la mejor bombonería de todas.

Pero en lugar de pararse delante del escaparate, entró, llevando a su madre bien agarrada de la mano. Por dentro la tienda era muy bonita, con arañas y sillas doradas.

—¡Asmir! —dijo su madre, intentando tirar de él hacia fuera—. Sólo venimos a mirar.

—Hoy no, Dada —dijo Asmir; y se dirigió al mostrador—. Tú, siéntate —añadió—. Es una sorpresa.

Después dijo a la dependienta:

—Déme un capullo de rosa, por favor. El más pequeño, en la caja más bonita y con una cinta roja.

Y empezó a sacar el dinero de Muris, el dinero que había estado ahorrando para él.

La dependienta escogió un capullo de rosa y lo colocó en su cajita. Le puso una cinta roja y se la dio a Asmir.

Él se la dio a su madre.

—Dada, esto es de parte de Muris.

Entonces se volvió a la dependienta, y le explicó, con las frases que llevaba semanas practicando:

—Venimos de Sarajevo. Muris es mi padre. Él está allí todavía. Mi madre era el ingeniero químico de la fábrica de chocolates. Bombardearon la fábrica. Cuando mi madre sepa más alemán, espera encontrar trabajo en Viena.

Y la saludó con una inclinación, como había visto hacer a Matthias cuando saludaba a la abuela.

La dependienta miró a la señora seria de ojos oscuros y mirada triste, que seguía sentada en la silla dorada, sosteniendo la cajita con el precioso regalo. Y dijo:

—Has aprendido el alemán muy bien. Me alegro de que te guste nuestra tienda. Puedes entrar a mirar siempre que quieras.

Asmir hizo otra inclinación y acompañó a su madre a la calle.

Ya en la calle, Mirsada recobró el habla.

—Gracias, Asmir —le dio un beso y sonrió. Y por un momento fue como la madre que él recordaba en Sarajevo—. Es el regalo más bonito que me han hecho en toda mi vida.

## 16. Instalados

Aquel fin de semana fueron de excursión a un lago donde Chris había llevado una vez a Milan a hacer *windsurf*. Lo pasaron muy bien corriendo por la hierba, metiendo los pies en el agua y sentándose bajo los árboles.

Pero a Asmir le impresionó que Milan dijera:

—Si sigue la guerra, cuando acabe el invierno no quedará ni un árbol en Sarajevo. Los habrán cortado todos para hacer leña.

Y Asmir pensó en los árboles a los que él se subía en el parque infantil.

El sábado siguiente Chris les enseñó otro sitio, a orillas del río Danubio, donde había una playa de piedrecitas. A Eldar le encantó estar en el agua, y

gritaba cada vez que le quería sacar. Y todos disfrutaron tanto que el domingo volvieron a ir.

Pero a Asmir no se le olvidaban los refugiados de los campos.

—¿Dónde vamos a vivir cuando vuelva Matthias? —preguntó por segunda vez a la tía Melita.

—Todavía no lo sé —dijo ella—. Pero Chris me está ayudando a buscar piso. Vamos todos los días a la hora de comer. Es difícil, porque hay mucha gente buscando casa. Pero encontraremos algo. No te preocupes.

No era fácil. Había tanta gente buscando, que muchas veces cuando iban a ver un piso ya lo había alquilado otra persona. Y algunos propietarios no querían refugiados. La tía Melita intentaba disimular lo cansada y desalentada que estaba, sobre todo por la abuela y Mirsada, pero Asmir se daba cuenta.

Hasta que una noche volvió a casa muy animada. Habían visto dos pisos. Uno quedaba cerca y era barato. Pero estaba en mal estado, necesitaba arreglos, y el propietario no era nada agradable. El otro estaba más lejos, cerca de un parque grande y muy bonito. Estaba recién pintado y el dueño era amable. Pero costaba más.

Al día siguiente por la noche la tía Melita llevó al tío Miroslav a verlos. En el primero el dueño no apareció. Y cuando llegaron al segundo el dueño simpático les estaba esperando, pero había un apagón, de modo que Miroslav sólo pudo verlo con una linterna.

Era muy caro para lo que ellos podían pagar, pero tenía dos dormitorios. Asmir oyó que los mayores hablaban de ello antes de decidir. Al tío Miroslav le preocupaba el precio; le preocupaba mucho. Pero a la mañana siguiente quedó decidido que lo alquilaban.

Asmir se alegró un montón, y abrazó a los tíos.

—¿George y Vesna y Milan y su madre se vienen también con nosotros?

—No —dijo la tía Melita—. El hermano de Matthias les presta una casa de campo que está a una hora de Viena en coche. Pero podemos seguir saliendo juntos de excursión.

Primero se fueron el tío Miroslav y la tía Melita para preparar el piso. Chris les dio tazas y platos, cuchillos, tenedores y cucharas, una cacerola y unas sillas que no le hacían falta. Matthias les ofreció un sofá. Una señora de

la oficina de la tía Melita les dio sábanas y toallas de su casa, y mantas. La tía Melita compró una plancha, un tendedero y almohadas.

Hubo doble celebración, porque era además el cumpleaños del tío Miroslov. Mientras la tía Melita y él hacían las compras y lo organizaban todo en la nueva casa, mamá y la abuela preparaban la cena de cumpleaños, y Asmir pintaba la felicitación. Los tíos les estuvieron contando todo lo del piso mientras cenaban, y luego se fueron a dormir allí.

Se hacía raro estar sin ellos; triste. Esa noche Asmir tuvo el sueño de la huida otra vez, y otra más. La primera vez se resbalaba y se caía. En un charco de sangre. La segunda, la maleta se reventaba y se desparramaban todas las cosas. Y no había nadie que echase una mano.

Luego hubo otra semana de limpiar y sacar brillo para dejar refulgente el piso de Matthias. Asmir volvió a guardar todos los juguetes en el cesto grande, colocó los libros en los estantes e hizo un dibujo de agradecimiento para las niñas. Eldar y él lo habían pasado muy bien con sus cosas; las echarían de menos.

Guardó los juguetes de ellos por cuarta vez y volvió a poner la ropa en la maleta. Se alegraba de que fuera la última vez. Y esperaba que los sueños no le acompañaran.

En el piso nuevo lo fue sacando todo con mucho cuidado en el dormitorio donde iba a dormir la abuela, y donde jugarían Eldar y él. Por dentro y por encima de una caja grande de cartón colocó los ositos, el lego, el carrito con caballo de Eldar, los cuentos, el panda y el perrito, los aros de apilar y la pelota cantarina, los lápices de colores y el cuaderno de dibujo.

Pero Eldar prefería jugar con la caja haciendo que era una casa, un barco y un coche. No importaba. Asmir podía volver a colocarlo todo antes de que la abuela se fuera a dormir.

No había televisión. Así que Asmir puso las fotos de su padre. Una en el cuarto de estar, junto al sofá donde dormirían ellos. La otra al lado de la mesa de la cocina, para que Muris estuviera allí mientras comían.

Tampoco había teléfono.

—¿Cómo nos llamará Muris?

—Su amigo me llamará a mí a la oficina, como antes —dijo la tía Melita.

Antes. De eso hacía semanas. Semanas y semanas y semanas. Ninguno de los dos dijo cuántas.

Cuando esa noche se acurrucó en el sofá, Asmir oyó un reloj que daba la hora. Le hubiera gustado seguir oyendo la profunda campana de *Steffl*, que le había dado la bienvenida aquella primera mañana en Viena. Estaba demasiado lejos para oírla.

Pero delante de la ventana había un gran castaño de Indias, y sus hojas susurraban con la brisa. Pensó en los castaños de Sarajevo, y en sus flores como candelabros, que les encantaban a las abejas. Y se durmió y soñó que estaba en casa con su padre.

El domingo, mientras por primera vez desayunaban todos juntos en el piso nuevo, oyeron tocar otra campana. No era tan sonora como la de *Steffl*, pero era clara, tranquila, reconfortante. Asmir supo que Dios seguía escuchando, y se sintió seguro.

El lunes salió con su madre a explorar. Siguiendo el olor a pan recién hecho encontraron la panadería. Después encontraron el supermercado y el taller donde arreglaban zapatos. Encontraron la parada del tranvía que llevaba al centro. Y encontraron el colegio. No parecía muy distinto de los colegios de Sarajevo. A Asmir le hacía ilusión volver a estar con otros niños, al cabo de casi seis meses. Lo pasaría bien.

Cuando volvían a casa bajo los castaños, Mirsada dijo:

—Echaré de menos tu ayuda con la compra cuando vayas al colegio.

Asmir alzó los ojos a los racimos de erizos verdes, llenos de púas. Cuando se abrieran y dejaran caer rodando las brillantes castañas marrones, él ya habría pasado por allí muchas veces, con la mochila del colegio a la espalda.

Tendría amigos nuevos. Jugaría a juegos nuevos. Hablaría alemán todos los días. Habría aprendido toda clase de cosas nuevas.

Quería aprender lo más que pudiera lo más deprisa posible, para poder cuidar de su madre y de Eldar y de la abuela, y ayudar a los tíos Melita y Miroslav. Quería que su padre estuviera orgulloso de él.

Y cuando fuera mayor sería abogado como su padre. O ingeniero como su madre. O quizá maestro. O arquitecto, y proyectaría bonitos edificios para

Sarajevo. O a lo mejor era artista, y pintaba palomas y caballos y rosas y perros en cajas de bombones para regalos especiales.

Pero una cosa sabía que no sería nunca. Nunca sería soldado.



## Sobre la historia

*ASMIR no quiere pistolas es una historia inspirada en la valentía de dos familias de refugiados bosnios a quienes conocía en junio de 1992: la familia de Melita y la de Milan. Mi marido y yo estábamos en Viena, visitando a nuestro hijo Chris. Chris trabaja para una de las mayores compañías de automóviles de Europa, como director de relaciones exteriores para Europa oriental y central, y estaba muy preocupado por la suerte de los periodistas que habían colaborado con él en el país que antes era Yugoslavia.*

*La familia de Melita es de origen musulmán. Ella y su marido, Miroslav, que es serbio, habían salido antes de Sarajevo, la capital de*

*Bosnia-Herzegovina. También Miroslav era periodista, y trabajaba para la principal agencia de noticias yugoslava. Habían previsto los trastornos que se seguirían de la disgregación de Yugoslavia cuando los diversos estados reclamaron la independencia; y se fueron a vivir a Belgrado, la capital de Yugoslavia y del estado de Serbia.*

*Croacia y Eslovenia se declararon estados soberanos, y fueron atacadas por el ejército de la antigua Yugoslavia, mandado por serbios. Se bombardearon ciudades históricas y se destruyeron edificios antiguos. Se mató a civiles inocentes, hombres, mujeres y niños, o se les obligó a abandonar sus casas.*

*Cuando Bosnia-Herzegovina se declaró independiente en marzo de 1992, Melita sintió una gran preocupación por su madre y su hermana Mirsada, que vivían en Sarajevo, y por el marido de Mirsada, Muris, y sus dos hijos, Asmir y Eldar. Bosnia-Herzegovina tiene una mayoría de población musulmana hace más de cuatrocientos años, desde que, invadida la región por los turcos e incorporada al imperio otomano, sus habitantes eslavos se convirtieron al Islam. Ahora los nuevos invasores serbios querían desalojar a la población musulmana; y en la familia de Melita todos eran musulmanes. Sus vidas corrían peligro.*

*Milan es serbio. El padre de su mujer, Vesna, fue general en el ejército serbio. También Milan es periodista, y tenía un buen trabajo en Sarajevo. Vesna tenía una tienda de modas, y entre los dos habían puesto un restaurante que marchaba muy bien. Pero vieron desaparecer sus ahorros de toda la vida y muchos años de duro trabajo cuando, en los primeros días de la guerra, el restaurante fue destruido y saqueado.*

*Milan amaba a Sarajevo y sus gentes. Quería vivir en paz con sus amigos, vecinos y compañeros de trabajo musulmanes. Pero la guerra estaba sembrando miedo, sospechas, desconfianza. No era allí donde debía educarse su hijo George, un muchacho de buena estatura, y a los catorce años podían llamarle al servicio militar para luchar contra sus amigos musulmanes. De modo que, cuando aún se podía viajar, Milan envió a Vesna y George de Sarajevo a Belgrado.*

*Poco después Melita supo en Belgrado, a través de su periódico, el Oslobodjenje, que quiere decir «liberación», que pronto sería imposible*

*para los civiles salir de Sarajevo. Telefonó a su hermana Mirsada y se lo dijo, apremiándola a sacar a su madre y a los niños en un vuelo humanitario que salía aquel mismo día. Mirsada, haciendo un esfuerzo sobrehumano, lo consiguió. Después se sabría que el vuelo había sido el último de esa clase que había podido salir de Sarajevo.*

*Pero Muris, el padre de Asmir y Eldar, tuvo que quedarse. A los hombres musulmanes no les dejaban salir. Muris sufría una lesión que le hacía inhábil para el combate, pero no quería que le enviaran a un campo de prisioneros y se ocultó.*

*Yo escribí el relato en Austria entre julio y septiembre de 1992. El gobierno austríaco se había puesto a la cabeza del mundo para dar asilo y ayuda a los refugiados bosnios. El pueblo austríaco sostenía con entusiasmo un programa comunitario, Nachbar in Not («Vecino en apuros»), de envío de socorros al pueblo de Bosnia azotado por la guerra. Cada día había nuevas noticias sobre la guerra en los periódicos y nuevas imágenes en la televisión de los sufrimientos de sus víctimas.*

*Cuando escribo esta nota, en mayo de 1993, Mirsada acaba de recibir una carta de Muris entregada en mano. Fue escrita en marzo y principios de abril, con muchas expresiones de doble sentido por si la interceptaban. Muris sentía una gran nostalgia de su familia, a la que llevaba un año sin ver. Primos de Melita y Mirsada habían sido encarcelados, torturados, fusilados. Pero el dinero que Melita le había enviado a través de su red de contactos había podido llegar hasta él y otros familiares.*

*En Viena, Asmir disfruta yendo al colegio. Eldar está empezando a hablar en serbocroata y alemán. Pero la abuela echa de menos a su familia y a sus amistades, y se siente muy sola. Con el sueldo de Melita tienen que vivir todos.*

*Miroslav y Mirsada han buscado trabajo y han hecho un curso intensivo de alemán. El empleo de Miroslav en el garaje duró sólo unos meses, y todos sus esfuerzos por conseguir un permiso de trabajo y encontrar otra colocación han sido inútiles. Ahora ha ido a Alemania con la esperanza de emplearse temporalmente como jornalero agrícola.*

*Mirsada, con la ayuda de Matthias, escribió a veintiuna fábricas de chocolate, y se llevó un alegrón cuando en una de las más grandes le*

*hicieron un contrato por dos meses. No se lo renovaron, pero le han ofrecido volver a emplearla con permiso de trabajo en junio, cuando la fábrica se traslade a una nueva sede, a una hora de Viena.*

*Milan no pudo hallar empleo fijo ni vivienda permanente; así que, aunque George había empezado a ir al colegio en Viena y llevaba bien sus estudios, la familia decidió irse a Noruega, cuyo gobierno brinda ahora más ayuda a los refugiados. Salieron de Viena el día de Navidad.*

*Las dos familias pasaron la Nochebuena juntas con Chris en su piso, que había sido su primer hogar en Viena.*

*A nosotros nos agradaría mucho ayudar a ambas familias a venir a Australia. Pero como no somos parientes no podemos reclamarles. Y como ellos no tienen familiares aquí ni hay demanda para sus aptitudes profesionales, no tienen derecho a inmigrar voluntariamente.*

Christobel Mattingley

Stonyfell, Australia Meridional

21 de mayo de 1993